

SERVICIO
SECRETO

SS

ESTAS SOLO. CUANDO ESTAS MUERTO

Albert Rosbund



SOLO MAYOR DE
18 AÑOS

El cliente se llamaba Kent Parker y se trataba de un joven de veinticinco años, bastante tímido e inseguro de sí mismo, con un flamante título universitario bajo el brazo —abogacía—, que deseaba unos informes precisos acerca de su novia, con la cual tenía el proyecto de casarse en breve. El chico, por lo que dejó entrever, parece ser que quería presentarse en su pueblo natal con el título y una esposa. Un abogado en Harryville —lugarito perdido de la mano de Dios, con dos mil habitantes escasos— iba a resultar una fiesta y una mujer como Deborah Stevens algo así como el estallido de la dichosa bomba de neutrones.

La chica estaba sensacional, yo lo había podido comprobar, sólo con la vista, claro. Desde el principio ya me pareció un tanto extraño que una hembra así pudiera unirse a un joven como Kent Parker. El muchacho también debía tener algún mal presentimiento y por eso me contrató.



Albert Rosbund

Estás solo cuando estás muerto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1534

ePub r1.0

Lds 23.01.19



Título original: Estás solo cuando estás muerto

Albert Rosbund, 1979

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Era una tarde gris, fea, aburrida. Me encontraba en mi despacho del «Kaplan Building», sito en la East 24th Street, en el distrito de Gramercy, en Manhattan. Esperaba la llegada de un cliente a quien debía dar cuenta del trabajo realizado por mí y de paso cobrarle la factura. Ya le había adelantado algo por teléfono y por los sonidos que emitió por el aparato deduje que no le habían hecho ninguna gracia mis palabras.

El cliente se llamaba Kent Parker y se trataba de un joven de veinticinco años, bastante tímido e inseguro de sí mismo, con un flamante título universitario bajo el brazo —abogacía—, que deseaba unos informes precisos acerca de su novia, con la cual tenía el proyecto de casarse en breve. El chico, por lo que dejó entrever, parece ser que quería presentarse en su pueblo natal con el título y una esposa. Un abogado en Harryville —lugarejo perdido de la mano de Dios, con dos mil habitantes escasos— iba a resultar una fiesta y una mujer como Deborah Stevens algo así como el estallido de la dichosa bomba de neutrones.

La chica estaba sensacional, yo lo había podido comprobar, sólo con la vista, claro. Desde el principio ya me pareció un tanto extraño que una hembra así pudiera unirse a un joven como Kent Parker. El muchacho también debía tener algún mal presentimiento y por eso me contrató.

La cosa resultó la mar de divertida. Deborah Stevens no era secretaria, sino camarera en un bar topless; allí fue donde pude admirar las magníficas curvas de que era poseedora, la muy condenada. Por otro lado, tampoco era huérfana: sus padres vivían en un apartamentucho de Bowery, él dedicado a la bebida y ella a las correrías de la calle. John Casper, el único amor de su vida,

anterior a Kent Parker, que, tras seducirla, la había abandonado, era un puro cuento para justificar su falta de virginidad. John Casper no había existido, pero en cambio sí Terry Carson, Jameson Coburn, Louis Harrison, Joe Portland y muchos otros. Era cierto que no había salido de New York, pero totalmente incierto que ella era una chica ingenua y vergonzosa, que apenas sabía de las cosas de la vida: sólo las pocas que había aprendido del hombre que la engañó. No, no era verdad. Según mis investigaciones, ella había rodado más que un balón después de un partido.

Así era la realidad y un anticipo de ella le había facilitado ya al joven Parker cuando me llamó por teléfono para saber cómo iba mi trabajo. Estaba claro para mí que la muchacha buscaba el negocio más que el amor, sobre todo teniendo en cuenta que mi cliente era hijo de uno de los caciques del pueblo. Posiblemente la chica descubriría el pastel más tarde, una vez casados, ya en el pueblo, y para evitar el escándalo solicitaría una bonita suma de dinero. Divorcio, y punto y aparte.

La tarde se estaba haciendo larga y tediosa. Me extrañaba la impuntualidad de mi cliente —había prometido estar a las cinco y eran las seis, la hora de echar el cerrojo y buscar nuevos aires—, habida cuenta que Kent Parker parecía ser un joven recto, formal y preciso.

Entonces, como ya había terminado con las revistas y los solitarios de cartas me aburrían, el destino cruzó en mi camino a Amos Crawford. O dejó caer por mi despacho a Amos Crawford, como ustedes prefieran.

Amos Crawford era un hombre mediano en todo; edad, estatura, personalidad... Y tenía un problema: su mujer. Sospechaba que ella le engañaba y para resolver su duda de cornamenta había decidido contratar mis servicios.

Así pues, salía de Sodoma para meterme en Gomorra. La variedad en el trabajo da gusto.

—Señor Ryan, quisiera que vigilara a mi esposa —me dijo una vez hubo tomado asiento frente a mí, la mesa escritorio entre ambos. Estaba algo nervioso; su mano temblaba un poco al ofrecerme su cajetilla de cigarrillos—. Con suma discreción, por favor.

—En asuntos como éste la empleo al máximo —le sonreí al

tiempo que le ofrecía la llamita de mi encendedor electrónico—. ¿Cómo se llama su esposa y dónde viven?

Me dio el nombre y la dirección.

—¿Lleva alguna foto de ella? —agregué, tras tomar nota en un bloc.

—¿Le vale una pequeña, de carnet?

—Por supuesto. Es para hacerme una idea y evitar confusiones.

Sacó la foto de su cartera. No era muy buena, pero uno podía contemplar a una mujer rubia, de ojos azules y labios gordezuelos, muy rojos. ¿La edad? Más de veinticinco y menos de treinta y cinco. La guardé.

Seguidamente saqué a colación la cuestión económica, él no tuvo inconveniente en darme un succulento adelanto y yo le extendí un recibo.

—Hábleme un poco de su mujer —le rogué luego—. ¿Por qué sospecha que le engaña?

—Verá... —Se humedeció los labios con la lengua, sacudiendo el cigarrillo sobre el cenicero de cristal de mi mesa escritorio—. La cosa es difícil de explicar...

—Inténtelo.

—Me he cansado, señor Ryan. Me he cansado.

Lo hacía muy bien. Yo arqueé una ceja, intrigado. Dije al tiempo que expelía el humo por las fosas nasales:

—Cansado, ¿de qué?

—De ser un tonto —irguió la cabeza—. Hasta ahora no he querido saber qué ocurría. ¿Por qué?, se preguntará usted. Sencillamente porque estaba cegado por la buena vida que llevaba. Y de hecho sigo llevando. ¡Pero ya me he cansado! ¡He notado las sonrisitas burlonas de las amistades, sus comentarios a mis espaldas!

Se tomó un descanso. Yo apagué el cigarrillo, él continuó apurándolo.

—En nuestro matrimonio siempre ha habido un cierto desequilibrio social, de clase, ¿entiende? Ella proviene de una familia muy acaudalada, económicamente hablando no me necesita y sexualmente hablando soy insuficiente. Siempre lo he sospechado, pero me hice el loco. Me convenía para llevar una vida fácil. Pero todo se ha convertido en un infierno para mí. No soporto los

cuchicheos de los demás, ni sus frases con doble intención... Quiero tener un cien por cien de seguridad en mis sospechas. Entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Ya veremos —estrujó con rabia la colilla en el cenicero.

Me quedé mirándole escrutadoramente unos instantes. Llegué a la conclusión de que un hombre así no era capaz de una locura. Las medianías no son peligrosas.

Estuvimos charlando un poco más. El me habló de los lugares que frecuentaba su esposa: la cafetería «2001», el restaurante «Jey's

» el Club de Equitación, la sala de fiestas «Trópico de Cáncer»... Cuando se largó de mi oficina, una hoja de mi bloc había quedado completamente llena con nombres de lugares de esparcimiento. Pensé que el caso podía resultar divertido si visitaba todos esos sitios. Los gastos ya los pagaría Amos Crawford. Eché una mirada hacia el ventanal. La tarde ya moría en el exterior y los guiños de algunos anuncios de neón comenzaba a hacerse notar. El joven Kent Parker continuaba sin aparecer. Y eran ya las siete de la tarde.

Hice un poco más de tiempo revisando el despacho, entreteniéndome como un idiota con cosas sin importancia, pero al final me cansé y decidí largarme. El estómago estaba reclamando su ración.

Apagué la luz que anteriormente había encendido, al marcharse Amos Crawford, y toda la oficina quedó en penumbras. Atravesé la salita de espera, abrí la puerta y salí con decisión.

Y me di de narices con ella.

Noté el golpe, escuché un grito de sorpresa, soltó una instintiva disculpa. Ella alzó su rostro y yo bajé la mirada.

Deborah Stevens. Ésa era mi visitante. La luz del rellano me ayudó en el reconocimiento.

—Lo siento —repetí, formando una sonrisa y tratando de salir de mi asombro.

—¿Es usted Johnny Ryan, el detective privado...? —me preguntó con cara de pocos amigos.

—Sí —cabeceé. Y luego inquirí, representando mi papel—. ¿Quién es usted?

Recibí la respuesta en forma de bofetón. Y como propina, un insulto:

—¡Cerdo!

Me llevé una mano a la mejilla golpeada mientras que con la otra agarraba su muñeca. Le doblé el brazo, obligándola a gemir.

—¿Qué le ocurre, encanto? —pregunté—. Si le ha dado un ataque, se ha equivocado de puerta. Esto no es un psiquiátrico.

—¡Maldito sea, Johnny Ryan! —barbotó. Yo apreté un poco más y entonces chilló—: ¡Ay!

—¿Por qué no se comporta como una señorita bien educada?

Al mismo tiempo que hacía la pregunta, giré con ella y la empujé hacia el interior de mi oficina. No quería escándalos.

Cerré la puerta y le di al interruptor de la luz. Volví a verla. Ahora se frotaba rabiosa la muñeca lastimada. Sus bellos ojos despedían chispas de furia.

—Pase a mi despacho y hablaremos —invité.

—¡No!

—Está bien —me encogí de hombros—. Dígame, ¿qué quiere de mí?

—Decirle lo puerco que es.

—¿Por qué?

—Le ha lavado el cerebro a mi novio con cosas sucias. —Y me ha dejado.

—No entiendo nada —continué en mi papel.

—¡Cínico!

—¿Quién es usted?

—Deborah Stevens. ¡Y no diga que no me conoce!

—Pues...

—Le contrató Kent Parker, mi novio, para que me investigara.

—¿Sí?

—¡Sí! —gritó furiosa—. ¡Y se ha inventado una sarta de mentiras sobre mí!

—¡No me diga, preciosa!

—¡Quiero que rectifique!

—¿El qué?

—Lo que le ha contado.

—¿Y qué le he contado?

—¡No me saque de quicio!

Solté una risita cavernosa y eso terminó de enrabiarla. Se abalanzó sobre mi, las uñas por delante.

No me fue difícil dominarla. La tomé fuertemente por su fino cuello y acerqué mi rostro al suyo, escupiéndole el aliento y las palabras:

—Déjate de numeritos, monada —la tuteé por primera vez—. Lo que le he comunicado a tu novio por teléfono sólo ha sido un pequeño avance. Aún sé muchas más cosas de ti. Y todo es cierto. ¡Cierto! —Apreté un poquito más—. ¿Sí o no?

Ella vaciló, agrandando sus ojos.

—¿Sí o no? —insistí.

—Sí... —musitó.

—Eso está mejor —la solté.

Deborah Stevens no retrocedió. Me miró muy fijamente, ya menos alterada, dejando a un lado el papel de muchacha ofendida y difamada. Los dos nos encontrábamos cara a cara, sin máscara.

—¿Cuánto? —espetó de pronto.

Parpadeé, sorprendido.

—¿Cuánto dinero por rectificar? —Fue más explícita a continuación—. Le dirás que todo fue una gran mentira. Que me odiabas por haberte rechazado al entablar conocimiento conmigo para saber de mi vida.

—Te equivocas, nena —sonreí.

—Tú lo has dicho antes: Kent no lo sabe aún todo. Todavía se puede arreglar. Estoy dispuesta a gastarme los ahorrillos en ti.

—Luego lo recuperarás con creces, ¿no?

—Eso ya no te incumbe.

—¿Y por qué no ha venido Kent?

—Llegué a su apartamento cuando se iba. Le encontré un tanto distante y presentí que algo pasaba. Me fue fácil sonsacarle. Estaba deseando echármelo en cara, el pobrecillo. Le convencí de que yo arreglaría esto, que tú no eras más que un resentido contra mí. Ahora corroborarás mi historia y todos acabaremos felices, como en las novelas rosas.

—No me gustan las novelas rosas ni los finales felices. Tampoco los sobornos.

—Tal vez el dinero no sea de tu agrado. Hay sobornos y sobornos...

Se pegó más a mí y sonrió seductoramente. Su diestra se movió sin ningún recato. La muy hija de su madre sabía hacer la cosa y ya

fui incapaz de retirarme. Ella supo enseguida que había picado. Acentuó su sonrisa y sus tentadores labios se movieron para decir:

—También puedo pagar en especies. ¿Qué dices?

Proyecté mi rostro hacia adelante y le pegué un mordisco. Luego la estrujé salvajemente contra mi cuerpo, haciéndola gemir de dolor y placer a la vez.

Comencé a devorarla con mis labios, como una fiera hambrienta, y mi ímpetu la obligó a trastabillar. Yo fui tras ella. Al final su espalda chocó contra la pared y allí nos quedamos.

En un descanso desabroché su blusa, y mis besos descendieron ahora hasta sus turgentes senos, provocando la erección total de sus puntas morenas. El cuerpo de ella se estremecía, convulso.

—¿Satisfecho? —me preguntó más tarde.

Solté un gruñido de asentimiento. Ella se agachó y tomó la braguita que había quedado en el suelo.

—¿Harás lo que te he pedido?

Sonreí para inspirarle confianza y respondí:

—No.

Mi contestación le llegó como un rayo paralizador. Se quedó con una pierna en el aire, en una postura nada fina. Balbuceó:

—¿CÓ... cómo has dicho...?

—No.

—¡Eres...!

No encontró la palabra apropiada y terminó de colocarse la braguita.

—La vida es así, encanto —le expliqué con media sonrisa—. Tú lo sabes mejor que yo porque lo practicas con asiduidad. Unos días pican unos, otros días pican otros. Hoy te ha tocado a ti.

Sus ojos me lanzaron chorros de odio. Su cerebro encontró ya lo que quería y lo transformó en palabras:

—¡Eres un hijo de puta!

No me inmuté. Sin prisas, tranquilamente, comencé a abrocharme la bragueta.

—Lo siento, preciosa —dije—. Y no te preocupes, acabaré contándole toda la historia a tu novio. El muchacho se llevará una gran decepción, pero seguro que se ahorrará un buen fajo de billetes.

—Detesto a los tipos honrados —masculló, y acto seguido

escupió a mis pies.

—Te equivocas de nuevo, nena. No soy un tipo honrado. Un tipo honrado no se hubiera aprovechado de ti. Yo soy un engendro —reí. Y di unos pasos hacia ella.

Deborah retrocedió hacia la puerta. Apoyó la diestra en el pomo y abrió. Antes de salir me advirtió con voz enronquecida:

—¡Me las pagarás, Johnny Ryan!

CAPÍTULO II

Los Crawford vivían en un lujoso edificio de Sutton Place, cerca de la esquina con la East 57th Street, adonde yo llegué dispuesto a iniciar mi trabajo.

Cuando por fin apareció la señora Crawford —la cual respondía al nombre de Louise— pude observar que poseía un buen tipo, vestía de una manera hartó sofisticada y de sus manos y orejas brotaban fuertes destellos que hablaban de joyas de calidad. La edad se la fijé entonces en unos treinta. Desde luego, en conjunto, estaba a años luz de la medianía que tenía por esposo. Y me dije que no sería nada extraño que le hiciera cuernos.

Un taxi la esperaba a la puerta. Subió a él y nos dirigimos hacia el sur, dejando a nuestras espaldas la mole de las Naciones Unidas, donde un grupo de muchachos juegan en amplias salas, sentados en confortables butacas, con auriculares, traductores y todas las virguerías electrónicas a su alcance, a eso que llaman «arreglar el mundo». Shevchenko, el ruso, era quien estaba dando la nota aquellos días por su sonado fuera de juego.

Louise Crawford fue a parar a una peluquería. Allí se tiró dos largas horas que yo empleé en fumar cigarrillos y pasear por la acera como el chico nervioso que espera impaciente la llegada de su novia.

Observé cómo un nuevo taxi se detenía delante de la peluquería y presentí que mi novia iba a aparecer de un momento a otro. Lo hizo. Más bella, más sofisticada, más turbadora si cabe que antes. Le habían hecho un buen trabajo en la melena, era justo reconocerlo.

Ahora emprendimos camino hacia Central Park —yo siempre en mi inseparable «Chevy»— y terminamos en la cafetería «2001». Aquello no tenía nada que ver con Arthur C. Clarke ni con Stanley

Kubrick. Era muy del momento actual, con todos los lujos de su tiempo y con unos precios a la altura de su clientela distinguida. Por un martini seco te dejaban eso, seco.

Louise Crawford se reunió allí con dos mujeres más, una pelirroja y otra rubia como ella, tan elegantes y arregladas que uno a veces piensa al verlas si no serán artificiales. Estuvieron tomando unos aperitivos y charlando. Luego, tras pagar la cuenta, se fueron las tres juntas. Se introdujeron en un parking cercano y volvieron a aparecer en un reluciente «Ford Mustang». Conducía la pelirroja. Y Louise Crawford terminó en su casa.

Más tarde, vi llegar a Amos Crawford. El no se fijó en mí y yo no llamé su atención. Era la hora del almuerzo. Yo había tenido la previsión, al salir por la mañana, de comprar unos bocadillos y una lata de cerveza. Comí en el coche, ante la mirada más que curiosa de algún que otro transeúnte desocupado.

Una hora y media después salió Amos Crawford, supongo que de regreso al trabajo. El resto de la tarde transcurrió, de una forma monótona. Louise Crawford no hizo acto de presencia y pensar que el posible amante acudiera a la casa era algo que había desechado mi cliente, pues la doncella le resultaba de total confianza y se lo habría contado al instante. Al final se me terminaron los cigarrillos, el aire para silbar y las ganas de contar transeúntes.

Volví a ver llegar a Amos Crawford cuando ya oscurecía y entonces decidí dar por terminado el trabajo, al menos por aquel día. El asunto era soberanamente aburrido; pero lo relato para que vean cómo es normalmente el trabajo de un detective privado. Los crímenes, la acción y el suspense no se dan todos los días.

La cosa se animó al día siguiente. Louise Crawford salió de buena mañana, ahora vestida más deportivamente y de nuevo un taxi la esperaba a la puerta. Llegamos al Club de Equitación y a la entrada me tuve que quedar, ya que sólo se permitía el paso a los socios. Una pena porque me interesaba saber qué hacía allí dentro y qué clase de caballos montaba.

Cuando reapareció, dos horas y media más tarde, quede extrañado al observar que ningún taxi la esperaba. Ella echó a andar calle arriba, muy decidida. No me la imaginaba caminando más de dos manzanas y hasta su casa había la tira de kilómetros.

No me equivoqué. No anduvo muy lejos. En la segunda esquina

se detuvo. De pronto, surgió un coche, un «Buick» de algunos años atrás, un modelo ciertamente pasado de moda, que se paró junto a la acera, a la altura de ella.

Louise Crawford subió rápidamente a él y el auto partió a gran velocidad.

Era un hombre quien conducía. En el primer semáforo de luz roja aproveché para tomar nota de la matrícula. Abandonamos Manhattan, cruzamos Brooklyn y terminamos en un motel de Coney Island.

Bajé de mi coche cuando desaparecieron de mi vista, ya dentro de una de las cabañas. Me acerqué al «Buick» y miré la tarjeta de identidad. Era un auto de alquiler. Apunté los datos.

Luego me dejé caer por recepción. El empleado entretenía el tiempo leyendo una vieja novela de Raymond Chandler, «Farewell, my lovely». Solicité hospedaje y el tipo actuó con evidente desgana; parecía mucho más interesado por el trabajo de Philip Marlowe que por el suyo propio. Me puso delante de las narices el libro-registro y se enfrascó con la lectura. Era lo que quería. Me dio el tiempo suficiente para que yo pudiera leer los nombres que me interesaban. Señor y señora Rossi. ¿Rossi? ¿Por qué ese apellido italiano?

—¿Ya? —me preguntó por encima de la novela cuando le di la vuelta al libro-registro.

—He cambiado de opinión —dije, mirando a mí alrededor con cierto aire displicente.

—¿Cómo?

—No me acaba de gustar esto del todo, ¿sabe? Buscaré otro lugar...

El tipo no se ofendió, como ya imaginaba. Soltó un bufido y escondió el rostro de nuevo tras la novela.

Volví a mi coche. Estuve meditando unos minutos. ¿Continuaba allí o me largaba a la búsqueda de nuevos datos? En la casa de alquiler de coches podía obtener el nombre del tipo, porque suponía que no se llamaría realmente Rossi. ¿Y por qué Rossi? ¿Por qué un apellido italiano? ¿Sería italiano el fulano? También podía quedarme para ir tras sus pasos. Al final me decidí por esta última opción.

Anohecía cuando aparecieron. No sabía si les habrían servido el almuerzo o qué, pero desde luego yo sí comí, otra vez a base de

sandwiches y lata de cerveza. Para esta ocasión me había llevado un par de revistas y el tiempo lo maté leyendo.

Se alejaron en el «Buick», pero no mucho. El coche se detuvo ante la primera parada de taxis que se cruzó en su camino. Louise Crawford bajó del «Buick» y tomó un taxi. Me la imaginé llegando a casa y contándole a su marido que se había ido a almorzar y pasar la tarde con unas amigas a las que hacía tiempo no veía. Yo preferí seguir tras el hombre del «Buick».

Regresamos a Manhattan. Aparcó el coche en Greene St., al sur de Little Italy, entre Broome Street y Canal Street. Anduvo un trecho, yo por la otra acera, momentos que aproveché para fijarme bien en él —era un tipo alto, atlético, moreno, bien vestido, de pelo negro como el azabache—, y al final terminó colándose en un edificio de apartamentos.

Corrí hacia allí. Le había visto manejar una llave para abrir y por eso deduje que no había conserje. En cambio, sí había las consabidas plaquitas al lado del botón de llamada de cada puerta. Le eché una rápida mirada al panel y enseguida descubrí un nombre que llamó mi atención: Giorgio Bonelli.

Rossi no. Bonelli sí. Un italiano al fin y al cabo.

Pulsé el botón.

Nada. Nadie contestó.

Continué apretándolo Y al cabo de un rato alguien descolgó al otro lado de la línea, justo el tiempo que debía haber empleado para subir y entrar en casa.

—¿Giorgio Bonelli? —pregunté con voz aflautada, de niño travieso. Había que asegurarse, no fuera a tratarse de un amigo del dueño, o algo por el estilo.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—¡Tonto el que lo oiga! —exclamé entonces con mi simulada vocecilla de gamberro infantil.

Y me alejé tan campante.

La casa de alquiler de coches se encontraba muy cerca de allí. Hasta cierto punto era lógico. Decidí pasarme por ella, pues tal vez dejaran un turno de guardia por la noche; no sería de extrañar, Y yo quería asegurarme de la existencia de ese tal Giorgio Bonelli.

Tuve suerte. Había turno de guardia. Y éste lo realizaba un tipo pecos y pelirrojo que pasaba el rato con una botella de «Johnnie

Walker» en la diestra y una revista porno —creo que se llamaba «Spermio» o algo así— en la siniestra.

Tenía los ojos enrojecidos, no sé si por el sueño, el alcohol o lo que veía, y de vez en cuando se relamía como un perro baboso.

—Hola —dije.

Ya había levantado la mirada al escuchar la campanilla de la puerta.

—Escoja —me señaló con los ojos el amplio espacio repleto de coches.

No le hice caso. Saqué mi bloc de notas y dije:

—Me interesa un «Buick» del año sesenta y nueve, color crema, matrícula de New York, cuatro, dos, nueve, tres, efe.

El tipo dejó la botella y la revista sobre la mesa y me miró con mala cara.

—¿Es usted de la bofia? —me espetó.

—Si lo fuera, ya te habría partido la cara.

—¿Qué es entonces?

—Un detective privado.

—Un pesquisa, ¿eh? —rezongó, achicando los ojos—. ¿Y qué busca?

—Al tipo que conduce ese coche.

—¿Por qué?

—Un cliente mío quiere saberlo. Me dio los datos, yo hice las averiguaciones pertinentes y aquí he llegado.

—¿Por qué? —insistió.

—No lo sé. Ni me importa.

—Ésta no es una oficina de información. Adiós.

—Tampoco es un bar o un sex-shop

y... ¿Qué, amigo? ¿Nos ponemos de acuerdo?

Así hablando, saqué un rollo de billetes.

—Hoy día van caros los vicios —agregué—. Sobre todo los de tu clase, porque ya veo que tiras por lo alto. Podría ayudarte...

El pelirrojo chasqueó la lengua y luego se frotó el mentón, mirándome con un ojo semicerrado.

—Soy de confianza, hermano —deposité un billete de veinte sobre la mesa—. Anda.

Se puso en pie y caminó hacia unos archivadores metálicos. Tiró

de una gaveta y gruñó:

—Canta.

Canté.

—Giorgio Bonelli, 24 de Greene Street —replicó él al rato.

Coincidía. Todo iba en orden.

Le di las gracias y salí.

Al día siguiente regresé a Sutton Place. Tenía que asegurarme de aquellas relaciones entre el italiano y la señora Crawford. Ustedes se preguntarán por qué infiernos daba ya por sentado que se trataba de un italiano, podía tratarse de un norteamericano de origen italiano. Había una razón clara para mí: el que hubiera usado el apellido Rossi en el motel. Había empleado un nombre italiano porque no podía evitar su marcado acento italo. Caso de tratarse de un nativo de Little Italy, hablaría el inglés a la perfección y no habría tenido inconveniente en usar un apellido del país; eso, además, le convenía, porque así se hubiera disfrazado más.

Louise Crawford salió a última hora de la mañana y fue para reunirse en la cafetería «2001» con sus amigas la pelirroja y la rubia. Después retornó a casa, almorzó con su esposo y al poco de irse éste, salió de nuevo, esta vez con el fin de practicar el tenis en un club privado. De allí no se fue a casa, sino que se dirigió hacia Broadway, donde se encontró con su esposo. Cenaron juntos y luego se metieron en el «Winter Garden Theatre». Yo me fui a casa a dormir. Menudo día.

En la jornada siguiente volvió a ir al Club de Equitación y de nuevo se reunió después con el tal Giorgio Bonelli. Cambiaron de motel y también de nombre: ahora eran los Ferri. Se lo debieron pasar bien. Yo, desde luego, no.

Decidí llamar por teléfono a Amos Crawford y dar por terminado el trabajo. El hombre se pasó por mi despacho cuando la tarde ya moría.

Una hora antes había estado yo trabajando delante de la máquina de escribir, redactando el informe. Original para el cliente, copia para mí. Y con el original la factura, por supuesto.

Sin que yo le dijera nada, Amos Crawford leyó los dos folios en silencio. Luego comentó:

—Lo imaginaba.

—¿Qué le dijo que hacía esos días? —pregunté más por

curiosidad que por otra cosa.

—Que almorzaba con los amigos del Club de Equitación y que después iba a visitar tiendas por la Quinta Avenida. ¡Maldita mentirosa!

—¿Conoce usted al tipo? ¿Es de su círculo social?

—No. Jamás había oído hablar de él.

—No he averiguado más cosas sobre ese italiano porque no consideraba que fueran de interés.

—Es suficiente con su nombre y dirección.

—¿Qué piensa hacer? ¿Pedirá el divorcio?

—Ya veremos.

Eso fue todo. Terminó la anterior ocasión. No le saqué más; sólo la pasta. Nos estrechamos la diestra y nos despedimos.

Pronto olvidé el caso. Al día siguiente recaló en mi oficina un sacerdote que andaba preocupado por los constantes saqueos de que era objeto el cepillo de su iglesia. No había querido dar cuenta a la policía porque pensaba que debía tratarse de un feligrés y quería solucionarlo de un modo privado.

Dos días me pasé metido en la iglesia, como un beato irremediable. Hubo incluso un par de mujeres que me invitaron a rezar el rosario con ellas, pero desestimé la oferta porque aunque no estaban mal sólo las vi interesadas por las bolitas de madera.

Al final atrapé al ladrón que resultó ser un mozalbete más pillo que el hambre. Lo llevé por las orejas hasta la sacristía y allí el sacerdote, mi cliente, le soltó tal rollo que al final los dos acabamos con dolor de cabeza y el muchacho ya decía a todo que sí. Hizo lo que quería el reverendo y así evitó las penas del infierno.

Yo, incorregible pecador, cobré por el trabajo, aunque el cura se mostró un tanto remiso, tal vez esperando que yo le perdonara la factura. Al salir de la iglesia, como sabía que me estaba mirando, me detuve delante del cepillo y eché un dólar.

El fin de semana lo pasé con Susy, mi vecina la masajista, quien había alquilado una cabaña en la montaña junto con una compañera, y cada una tenía que buscarse un amigo. Ahora las cosas se hacen al revés, no como antaño.

El lugar escogido resultó ciertamente delicioso, entre el Packanack Lake y la Packanack Mountain, en el Passaic County del estado de New Jersey. Un sitio donde se respiraba únicamente

Naturaleza y uno se olvidaba por completo del cemento, los rascacielos, el humo, el asfalto, los gritos y todo eso que nos tiene neuróticos perdidos. La otra pareja era la mar de agradable y simpática, y los cuatro lo pasamos muy bien.

Al regresar a la ciudad lo primero que hice fue comprar un periódico. Y quedé estupefacto al leer determinada noticia que traía la página de sucesos. En el edificio de apartamentos del 24 de Greene Street se había encontrado el cadáver de un italiano que respondía al nombre de Giorgio Bonelli. Le habían abierto la cabeza con un busto de bronce de Abraham Lincoln.

CAPÍTULO III

Eran las ocho de la mañana cuando me presenté en casa de Amos Crawford. Quería cogerlo antes de que se marchara al trabajo. El asesinato de Giorgio Bonelli había creado una sombra de sospecha en mi mente.

Me abrió la puerta una chica joven, morena, ataviada con el clásico uniforme de doncella. Aún había huellas de sueño en sus ojos.

—Quisiera hablar con el señor Crawford, por favor.

—El señor Crawford no está.

—¿Ya se fue?

—El señor Crawford no ha pasado la noche en casa.

—¿Cómo?

—¿Quién es, Margaret? —Escuché una voz femenina—. ¿El señor?

También oí pasos y luego la vi. Era Louise Crawford. Iba envuelta en un batín de seda, muy ajustado, y su larga melena rubia le caía suelta, libre, sobre los hombros. No había una pizca de maquillaje en su rostro y a pesar de esto delataba atractivo y frescura.

—Buenos días —saludé con una sonrisa.

—¿Quién es usted?

—Johnny Ryan.

—¿Y qué quiere?

—Busca al señor —se me adelantó la tal Margaret.

—Oh —frunció los labios Louise Crawford. Y luego añadió—: Mi esposo no está.

—Eso me ha dicho ella. ¿Podemos hablar privadamente, señora Crawford?

Me miró de arriba abajo. Debí gustarle porque dijo:

—Pase.

Llegamos a un salón donde el dios dólar había hecho milagros para que no pudiera faltar nada. La lujosa decoración casi insultaba.

Me dejé caer en una de aquellas butacas y me sentí en la gloria. Ella lo hizo frente a mí, cabalgando una pierna sobre otra y entreabriéndose el batín para que yo pudiera admirar la perfección de sus rodillas.

—¿Y bien? —exclamó—. Aún no me ha dicho por qué busca a mi marido. ¿Algún negocio...?

—Algo así.

—No es muy explícito.

—No es necesario, por ahora. Quisiera saber qué es de su marido, dónde puedo encontrarlo...

—También a mí me gustaría saberlo.

—¿Es posible que no sepa de él? —Fruncí el ceño.

—La última vez que le vi fue ayer, a la hora del almuerzo.

Aquello se ponía la mar de interesante.

—Entonces... ¿ha desaparecido?

—Cuando a altas horas de la noche continuó sin dar señales de vida, telefoneé a un compañero del trabajo. Y me dijo que mi esposo no había acudido por la tarde a la empresa.

—Ya. ¿Qué hizo usted?

—Nada. Seguir esperando. Hasta ahora.

—¿Qué piensa hacer?

—Posiblemente llame a la policía y dé cuenta de su desaparición.

—¿Posiblemente? Tendrá que hacerlo.

—Si no aparece antes...

—Claro.

Hicimos una pausa. Saqué mi cajetilla de cigarrillos y le ofrecí. Aceptó, como también el fuego de mi encendedor. Lanzamos nuestras primeras bocanadas de humo en silencio, observándonos.

—¿Cuál es el negocio que le une a mi esposo? —me preguntó de pronto.

Vacilé. Pensaba en abordar con ella el asunto de frente, cara a cara, sin tapujos..., o bien soslayarlo y largarme con viento fresco. Pero había algo, que me tenía hondamente preocupado, y era mi

posible culpabilidad en la muerte de Giorgio Bonelli. La misteriosa desaparición de Amos Crawford le echaba más leña a mi sospecha.

La encaré, mirándola fijamente. Y fue entonces cuando le di un giro de ciento ochenta grados a nuestra conversación.

—Ha perdido usted mucho en estos dos últimos días, señora Crawford.

Sus depiladas cejas se arquearon y sus bellos ojos azules se clavaron en mí como dardos.

—¿Qué... qué ha querido decir? —preguntó con voz insegura.

—Su esposo ha desaparecido... y su amante ha sido asesinado.

Se quedó blanca como el mármol de la mesita de enfrente. No se movió ni una pulgada, el cigarrillo en alto, humeando. Sus gordezuelos labios se movieron nerviosamente pero no pronunciaron nada inteligible.

—Giorgio Bonelli murió anteanoche. Y su esposo desapareció ayer tarde.

—¿Qué... qué sabe...? —habló al fin.

—Algo inquietante, señora Crawford. Yo soy detective privado y fui quien le proporcionó a su esposo, por orden suya, claro, las pruebas de su infidelidad. ¿Va comprendiendo?

La luz se hizo en su cerebro. Se puso en pie de un salto y me miró como si fuera un repugnante hombrecillo verde caído de otra galaxia.

—¡Cerdo! —me espetó.

La profesión es así. Entendí lo que sentía y por eso me abstuve de replicarle.

—¡Cerdo! —repitió con los dientes apretados.

Inclinó su columna para estrujar el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita de mármol. Luego se irguió y volvió a clavarme sus bonitos ojos azules, ahora convertidos en un par de puñales.

—Hay que encontrar a su marido —dije.

—Piensa que él fue quien cometió el asesinato —habló con un hilo de voz.

—Más o menos.

—¡Pues ese crimen caerá sobre su conciencia, si es que tiene! —estalló de nuevo—. ¡Usted es... es...!

—Le ruego que se serene —dije, mientras encontraba el insulto

más adecuado a mi persona—. Creo que podemos llegar a un entendimiento...

—¡Con un tipo como usted, nunca!

Me hice hacia delante y apagué el pitillo.

—Mire, señora Crawford —dije, sin mirarla—. A mí lo único que me interesa es hallar a su esposo y aclarar el asunto. Dígame usted dónde cree que pueda haberse escondido y me largaré.

—¡No lo sé! ¡Y le denunciaré a la policía!

—No precipite las cosas, señora Crawford. No le conviene. ¿Por qué hacer explotar el escándalo, si tal vez puede evitarse? —Sonreí.

—Es usted un chantajista.

—Se equivoca. Sólo quiero hacer las cosas bien, con lógica y serenidad. La policía estará investigando a Giorgio Bonelli y posible tarde o no encuentre nunca su pista, señora Crawford, ya que siempre emplearon nombres falsos en los moteles. Por otro lado, lo sencillo sería ir a ellos, a los «polis», y hablarles de mi sospecha. Pero yo quiero estar bien seguro. Y por eso deseo ser el primero en encontrar a su marido. Para darle una oportunidad.

Había hablado con lentitud y seguridad, tratando de inspirarle confianza.

—Necesito su ayuda —agregué por último, poniendo un poco de súplica en la voz.

Ella no contestó de momento. Pareció calmarse, al menos disminuyó la agitación de sus pechos bajo la tela del batín y su respiración se hizo más sosegada. Dio media vuelta, ofreciéndome su espalda, y caminó unos pasos por el salón. Meditaba.

Súbitamente, se detuvo. Giró sobre sus talones. Pude observar la transformación de su rostro, había perdido su expresión de agresividad y sus ojos miraban de una forma más tranquilizadora.

—Ha tenido que ser él —dijo, entrelazando los dedos de las manos—. Se ha encontrado desesperado y... y ha matado.

—Me temo que no la entiendo —dije, removiéndome inquieto en la butaca—. ¿Qué ha querido decir exactamente, señora Crawford?

—Iba a pedir el divorcio.

—¿Quién? ¿Usted?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya no hay amor entre nosotros, nuestras relaciones sexuales son monótonas y aburridas, he encontrado otros hombres más interesantes que él...

—¿Y de todo eso se ha dado cuenta ahora? —pregunté un poco perplejo.

—Nuestro matrimonio no fue una unión de conveniencia, al menos por mi parte, eso es evidente —empezó a explicarme—. Yo estaba enamorada de Amos, no era un hombre excepcional, pero le quería... Luego, como ya le he dicho antes, comencé a conocer otros hombres al tiempo que nuestro amor se enfriaba. El sospechaba todo esto, pero prefirió callar y no echármelo en cara. Es el director de una de mis empresas y no le falta nada. Yo, por otro lado, preferí dejar las cosas como estaban. Pero últimamente comprendí que no podía continuar así, actuando como una mujer culpable, sin completa libertad. No. Quiero sentirme dueña de mis actos, sin tener que esconderme para amar a otros hombres. Es por eso que había decidido solicitar el divorcio y así se lo había hecho saber a Amos.

—¿El... lo sabía? —inquirí más que sorprendido.

—Sí.

—De nada de eso me habló.

—No iba a explicarle lo que realmente pretendía: saber quién era mi amante y eliminarlo. Supongo que así pensaba evitar el divorcio. Debía creer que yo pensaba dejarlo para casarme con otro.

—Pero no era ésa su intención...

—Claro que no. Giorgio era un buen muchacho, un italiano la mar de divertido... Nada más. Una vez conseguido el divorcio, no entra dentro de mis cálculos volverme a casar.

—Entiendo. Pero hay algunos puntos extraños.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, el más importante: ¿por qué ha desaparecido su esposo? Es incongruente su comportamiento. Si tras matar al italiano desaparece, no consigue absolutamente nada.

—De pronto habrá tomado miedo. Amos no es un hombre de carácter fuerte...

—Tenemos que encontrarlo y aclarar todo esto. Aunque cabe la posibilidad de que su marido no haya sido y que sólo haya huido

por temor a las sospechas.

—Eso es lo que a usted le gustaría para no tener que sentirse culpable.

—Seguro —forcé una sonrisa.

Me puse en pie y avancé hacia ella.

—Vayamos a lo que importa, señora Crawford —dije, deteniéndome ante ella—. ¿No sabe dónde puede haberse escondido su marido?

—Ni idea.

—¿Está segura?

Asintió con la cabeza.

—¿No tienen ninguna finca, chalet...?

—No. Nunca me han gustado los sitios fijos; ya tengo bastante con esta casa. Cuando me interesa algo, lo alquilo disfruto y luego lo dejo.

—¿No le habló de nada en especial ayer, durante el almuerzo?

—No.

—¿Estaba nervioso, preocupado...?

—No me fijé.

Resoplé.

—Pero hay algo importante —añadió ella.

—¿Qué?

—La otra noche, cuando murió Giorgio, mi marido vino tarde. Muy tarde. Yo me cansé esperándole con la cena ya preparada.

—Eso no hace más que hundirlo. ¿Qué justificación le dio?

—Que al salir de la empresa se había encontrado con unos antiguos amigos y habían ido de coqueo.

—Una excusa muy vulgar.

—Lo mismo pienso.

—Estamos apañados. ¿Qué le parece, si echamos una mirada a las cosas de su esposo? Entre el asesinato del italiano y la desaparición de su esposo, éste estuvo en casa. Tal vez hallemos algo. ¿Está de acuerdo?

—Bueno —se encogió de hombros.

Fui tras ella admirando el movimiento hechizante de sus caderas, y llegamos hasta el suntuoso despacho de Amos Crawford. Comenzamos a registrar cajones, carpetas, gavetas de archivadores, libros... Leímos muchos folios... Al final terminamos exhaustos, sin

nada en concreto.

Nos quedamos mirando, ella de pie junto a la mesa escritorio, yo sentado sobre un brazo de una butaca. Por un instante jugué con mi imaginación calenturienta, erótica, y me la imaginé desnuda, sin ropas...

—¡Ropas! —exclamé de pronto.

—¿Qué? —Respingó ella.

—¡Miremos sus ropas, sus trajes de chaqueta...!

Nos trasladamos hasta el dormitorio. Louise Crawford abrió los armarios de su marido.

—Si no recuerdo mal —dijo, pensativa—, ayer, después del almuerzo, se cambió de traje. A ver...

Empezó a revisar las perchas, pasando uno a uno los trajes. Amos Crawford tenía más vestuario que toda mi familia junta.

—¡Éste era! —exclamó de pronto.

Tiró de una de las perchas hacia afuera. Nos aproximamos a la cama y sobre ella dejó caer la chaqueta y los pantalones. Louise Crawford tomó lo primero y yo lo segundo. Volvimos todos los bolsillos del revés.

No aparecieron muchas cosas, todas sin importancia, hasta que...

—Qué extraño —comentó ella con una carterita de fósforos en la mano.

—¿Por qué es extraño que lleve fósforos? Su esposo fuma, si no me equivoco...

—Cierto. Pero siempre usa encendedor. Aunque eso puede ser lo de menos. Lo más extraño es que Araos lleve «este tipo» de carterita de fósforos.

La tomé en mis manos para curiosearla. Y también me sorprendí. Era una carterita de fósforos de propaganda; anunciaba una foto-sex

.

—¿Su marido frecuenta esa clase de lugares? —pregunté mientras la abría.

—No, que yo sepa. Y casi juraría que es imposible. Amos es muy «normal» en el plano sexual.

—Aquí hay un nombre escrito —observé.

Ella miró la contraportada y leyó:

—Wanda.

—¿Ha oído antes ese nombre?

—En absoluto. Y no es la letra de mi marido.

—Hum. Será interesante asomarse por allí —me eché al bolsillo de la chaqueta la carterita de fósforos.

—¿A usted le gustan esa clase de sitios?

—A mí me gusta fotografiar a las mujeres de otra manera.

No sé si me entendió. Lo cierto es que no replicó. Yo propuse registrar las demás ropas de su marido, por si acaso. Ella no tuvo inconveniente.

Mientras lo hacíamos. Se di un nuevo giro a la conversación.

—Aún no me ha contado nada del italiano.

—¿Cómo?

—¿Qué clase de sujeto era? Tal vez tuviera problemas y, como antes le sugerí, no fuera su marido quien lo apiolara.

—No le puedo contar mucho de Giorgio. Le conocí la semana pasada en una cafetería. Se me acercó, charlamos y congeniamos enseguida.

—Comprendo —sonreí, malintencionadamente.

Ella no se dio por aludida.

—Sólo me contó que hacía poco que había llegado de su país natal y no parecía un hombre preocupado, sino todo lo contrario. Simpático, alegre...

—No siga. Me lo imagino. Todo un «latin lover». ¿A qué había venido a New York?

—De vacaciones.

—¿Y qué otras cosas le dijo?

—Nada más.

—¿Tan poco hablaron?

—El resto pertenece a la intimidad. Nada que tenga que ver con este asunto.

—Oh.

Habíamos terminado ya y el resultado era totalmente infructuoso. Hasta nuestros oídos llegó el timbre de la puerta.

—Probaré con la tal Wanda —dije, chasqueando la lengua con pesar—. Mientras tanto, intente recordar algo sobre su marido. Y si entra en contacto con usted, avíseme enseguida. Aquí tiene mi teléfono —saqué una tarjeta de visita y se la entregué.

De pronto, la puerta del dormitorio se abrió.

—¡Margaret! —Se violentó Louise Crawford—. ¿Qué es esto?
¿Cómo entras sin llamar?

Yo me fijé en el rostro de terror de la doncella.

—Lo... lo siento, señora..., pero...

La explicación completa la obtuvimos cuando la muchacha se vio empujada sin ningún miramiento hacia el interior y tras ella aparecieron dos tipos grandullones, de piel cetrina y sonrisa de matón.

CAPÍTULO IV

—Hola —saludaron al unísono. Uno de ellos cerró la puerta del dormitorio de un taconazo.

Yo pregunté:

—¿Quiénes son ustedes?

—Eso no importa —respondió el fulano más alto, de cara cuadrangular y nariz como el pico de un loro. Le aproximó la hoja de acero a la asustada doncella— No hagan tonterías mientras mi compañero los registra.

El otro era un tipo de complexión pícnica, pequeños ojos oscuros y labios delgados, pálidos. Ninguno de ellos debía sobrepasar los treinta y cinco años.

Primero se encargó de mí, haciéndose con mi revólver, que le puso la mar de contento. Luego se entretuvo largamente con Louise Crawford, sobándola a su gusto. Tras todo esto, los tipos se relajaron. El alto, por ejemplo, dejó ya de amenazar a la doncella, que reculó hacia un rincón. Se sentían seguros, más con la pistola en manos de uno de ellos.

—Venimos a por ella —dijo el de los ojillos oscuros, el cual se había guardado su navaja y empuñaba con firmeza mi revólver.

Louise Crawford profirió un gemido de miedo e instintivamente se pegó a mi cuerpo. Yo dije:

—La señora no sale con desconocidos.

—Cierre la boca —me espetó el alto.

—Usted aquí no pinta nada —agregó su compañero.

—¡Rápido, muñeca, en marcha! —siguió diciendo el alto—. ¡Tenemos prisa!

Louise Crawford me miró de forma un tanto patética. Yo me humedecí los labios con la lengua, preocupado.

—A la señora no le apetece dar un paseo a estas horas —dije.

Había que ganar tiempo.

—Si no lo hace por las buenas, lo hará por las malas —ladró el alto.

—A la señora le gustaría saber a qué demonio viene esto —habló de nuevo.

—El jefe lo manda y basta.

—¿Quién es el jefe?

—Lo sabrá cuando le vea.

—¿Para qué la quiere el jefe?

—Lo sabrá cuando le vea —repitió.

—Díganle al jefe que se pase por aquí. La señora recibe de cuatro a seis.

—¡Basta de cháchara estúpida! —tronó el de los ojillos oscuros

—. Usted, muñeca, venga para acá. Y usted, payaso, no se mueva.

Nueva mirada de Louise Crawford.

—Quieta —le susurré—. Déjelos que vengan a por usted.

—¡Ey! ¿Qué masculla, payaso?

—Nada, ojillos de rata.

—¡Maldito sea!

Echó a andar hacia nosotros. Yo me preparé. El tipo no vino por mi lado, sino por el de ella.

—¡Vamos, muñeca! —ordenó.

Louise Crawford tembló como un pajarillo indefenso. Aún no se decidió y el tipo alto dijo desde la puerta:

—Sólo se trata de un paseo, señora. De verdad que no queremos hacerles daño alguno. Usted irá con Peter mientras yo me quedo con su doncella y el payaso para evitarles malos pensamientos. Cuando usted regrese, todos quedarán libres y aquí no habrá pasado nada —sonrió bonachonamente.

—¿Y si no regresa? —pregunté yo.

—¿Para qué pensar en cosas desagradables?

A continuación se hizo un breve silencio y sólo faltó que cayera un telón para dar por finalizado el acto.

Peter, el de los ojillos de rata, alargó su otra mano para atrapar a Louise Crawford por un brazo.

Era el momento.

De pronto, mi pierna izquierda salió disparada con la misma

rapidez y seguridad que la de un budoka.

Le alcancé justo donde yo quería: en la mano armada. La pistola salió por los aires, pero yo no me preocupé de ella. Me interesaba acabar cuanto antes con Ojillos de Rata porque ya imaginaba al otro viniendo hacia mí.

El llamado Peter no se opuso a que le propinara un rodillazo en el vientre y le noqueara con un cruzado al mentón.

El alto llegó hasta mí con su navaja por delante y una fea sonrisa en sus labios.

La doncella iba a huir.

—¡No avise a la policía! —le chillé.

El matón aprovechó ese instante para lanzarme el primer viaje de acero. Faltó muy poco para que me rasgara el cuello. El tipo dejó escapar un gruñido, fastidiado.

Los dos estuvimos observando mutuamente, mientras girábamos.

—¡Te vas a acordar de ésta, entrometido! —barbotó.

Intentaba acorralarme contra el armario, pero yo no podía permitírselo porque entonces gozaría de camino libre para llegar a la pistola, que justamente había ido a parar debajo de la cama.

Soltó un taco y de nuevo se abalanzó sobre mí. En esta ocasión estaba preparado. No me fue del todo difícil atraparlo por la muñeca armada, al tiempo que yo giraba y lo volteaba por encima de mi hombro.

La navaja fue por un lado y su dueño por otro. Me acerqué a éste, tomándolo por las solapas de la chaqueta e izándolo. Luego le volví a enviar al suelo gracias a un par de puñetazos que le machacaron el rostro. El pico de loro reventó y por su boca salió una maldición obscena. Se quedó tirado en el suelo, medio groggy y sangrante.

Fui a por la navaja y el revólver. La doncella asomaba en esos instantes la cabeza por detrás de la puerta.

—¡Traiga cuerdas! —le grité.

Louise Crawford permanecía inmóvil como una estatua, tremendamente impresionada.

—¿Por... por qué todo esto? —balbuceó.

—Ahora lo sabremos.

Cuando la doncella regresó con lo pedido, las dos mujeres me ayudaron a atar a los matones. El de los ojillos de rata seguía

inconsciente; el otro no hacía más que restañarse la sangre. Me dirigí a este último muy poco amistosamente:

—¡Tú! —Le solté un patadón en el costado—. ¿En qué consiste la fiesta a la que debe acudir la señora?

Me miró con ojos de cordero degollado.

—¡Habla!

—El jefe... el jefe quiere hablar con ella...

—Eso ya lo dijiste antes. ¿Por qué y de qué?

—Pues...

—¿Quieres que acabe machacándote? —amenacé.

—Algo... algo relacionado con... con el asesinato de... de Giorgio Bonelli...

Louise Crawford y yo cruzamos una mirada de asombro. Una turbia luz alumbraba el asunto.

—¿Quién es el jefe?

—Enzo Montagnini.

Había oído hablar de él. Un mafioso que tuvo su época dorada en los años treinta. Unos años de cárcel por engaño al fisco y una bala en la columna vertebral lo retiraron definitivamente del candelero delictivo.

Pero ¿qué hacía actualmente?

CAPÍTULO V

—Invertí mis ahorros en la creación de un par de restaurantes italianos. La cosa me fue bien y ahora soy el dueño de una importante cadena. Tres en Manhattan, dos en Brooklyn, uno en Queens, otro en el Bronx y dos más en Richmond. Los tiempos en que jugaba al ratón y al gato con los federales han quedado atrás, muy lejos. Ahora vivo honradamente.

Ahora vivía sobre un sillón de ruedas, paralítico de las dos piernas. Estaba arrugado como un pergamino, calvo como una bola de billar y sólo sus nerviosos y brillantes ojos mostraban una singular viveza. Debía contar alrededor de los ochenta años de edad.

—Pues por el comportamiento de sus empleados yo diría que no —le objeté desde la butaca que ocupaba, frente a él.

—Peter y Glenn son dos muchachos muy impulsivos —les excusó—. Sólo les dije que quería hablar con la señora Crawford y ellos siempre quieren complacerme al momento.

—Ya.

—¿Desea tomar algo, señor Ryan?

—No, gracias.

—Puede retirarse, Carson.

El mayordomo que me había abierto la puerta y acompañado hasta el ostentoso salón biblioteca, hizo una inclinación de cabeza y se marchó.

—Lamento lo ocurrido —me dijo entonces el anciano. Era orgulloso y no quería que un empleado suyo le oyera disculparse.

—Olvidémoslo y vayamos al grano, Montagnini.

No se molestó porque me olvidara el apelativo señor. Dijo:

—Yo deseaba hablar con la señora Crawford.

—Soy su representante.

—¿A qué se dedica, exactamente?

—Detective privado.

—¿Y por qué está al servicio de la señora Crawford?

Vacilé.

—Bueno... Ella temía encontrarse con problemas tras... tras la muerte de Giorgio Bonelli.

—Entiendo.

Me alegraba que lo comprendiera. Yo no.

—¿Cuál es su interés por Giorgio Bonelli?

—Iba a casarse con mi nieta.

Me quedé de una pieza. El aprovechó aquella estupefacción mía para añadir:

—Es una larga historia...

—Tengo tiempo —dije.

—Allá por los años treinta Carlo Bonelli y yo éramos muy amigos, casi como hermanos. Cada uno de nosotros tenía un hijo varón, una buena esposa y los negocios nos iban viento en popa. Luego, los federales se pusieron tontos y vinieron las vacas flacas. Yo terminé con mis huesos en la cárcel y Carlo fue expulsado del país. Ésa fue nuestra separación física, pues continuamos en constante contacto gracias al correo. Cuando salí de prisión, las cosas ya no eran como antes, me sentaron en este sillón de ruedas con una recomendación para que tratara de vivir tranquilo el resto de mis días. Mi hijo y su esposa habían muerto durante mi estancia en la cárcel, en un accidente de automóvil que tal vez no lo fuera. Entonces decidí dedicarme a la comida italiana y al cuidado exclusivo de mi nieta. Como ya le adelanté antes, me fue bien. Gina, mi nieta, ha significado mucho para mí durante toda esta época de postración. La he visto crecer, hacerse mujer, ha sido la alegría de este pobre viejo inválido, su revulsivo para querer continuar viviendo. No sé qué hubiera sido de mí sin ella, la soledad y la amargura habrían terminado conmigo...

—Parece ser que se ha olvidado de su amigo Bonelli —le recordé, aprovechando la pausa que había hecho.

—No, no lo he olvidado, señor Ryan. Bonelli y yo mantenemos un carteo permanente. Ultimamente llegamos a un feliz acuerdo: hacer que nuestros nietos se conocieran, congeniaran... y así unir

nuestras dos familias, como muchas veces habíamos pensado antaño, pero que no pudo llevarse a cabo ya que tuvimos hijos varones...

—Entonces. ¿Giorgio Bonelli era nieto de su amigo Carlo Bonelli?

—Sí, señor Ryan.

—Bien. Esto se va aclarando... y a la vez complicando. Porque supongo que usted sabe lo que pinta en todo esto la señora Crawford, ¿verdad?

—Desgraciadamente, sí. Nada más morir asesinado Giorgio, moví a todas mis amistades y contactos. Y la suerte estuvo conmigo. Obtuve enseguida la pista de la señora Crawford.

—Eso quiere decir que la policía también puede estar al acecho.

—No lo crea. Aún están a años luz de nosotros —rió con socarronería.

Tenía su humor aquel viejo mafioso. Me gustó. Pero no podía dejarme llevar por la vena sentimental.

—¿Para qué quería a la señora Crawford? —pregunté con cierta acritud.

—Se lo puede imaginar, señor Ryan. Para informarme mejor sobre las andanzas de Giorgio. Tal vez ella podría darme una nueva idea sobre el asunto.

—Y para eso mandó a sus dos matones.

—Dos empleados —me rectificó con una sonrisa—. Ni siquiera llevan pistola, señor Ryan.

—Las navajas también matan —le recordé.

—Bien, no volvamos a ese espinoso tema. Hábleme de la señora Crawford.

—¿Qué quiere que le diga?

—Su exacta relación con Giorgio.

—La sabe usted tan bien como yo. Eran amantes.

—Ya. ¿Y qué datos puede aportar a la muerte de Giorgio?

—Ninguno. Su relación con él era puramente sexual... o sentimental, si así lo prefiere.

—La señora Crawford es una mujer casada...

Era pillo el viejo.

—Su marido no pinta nada en esto —dije rápidamente—. Es un cero a la izquierda. Lo único que le interesa es vivir bien. Louise le

complace en eso y así es la mar de feliz.

—¿Louise?

Lo había hecho adrede.

—Sí, ése es el nombre de la señora Crawford. Soy buen amigo de ella.

Sus dos «empleados» lo corroborarían más tarde. No quería meter en el asunto a Amos Crawford. Si la mafia lo buscaba, me iba a quedar sin su pellejo. Crawford y yo teníamos que hablar cara a cara, largo y tendido.

—Esa señora es muy complaciente —comentó.

Yo me limité a sonreír e hicimos una breve pausa. Luego dije:

—¿Y qué me puede usted contar de Giorgio? Si había venido para establecer contacto con su nieta con vistas a una posible boda, ¿cómo es que se dedicaba al ligue de señoras casadas?

—Giorgio era un joven muy enamoradizo, ya me lo había advertido en sus cartas el bueno de Carlo. Precisamente necesitaba de un auténtico amor, de una buena chica, para sentar la cabeza. Ése era uno de los pensamientos de Carlo. Y Gina, mi nieta, lo hubiera conseguido.

—Ya veo que ustedes lo habían apañado muy bien. ¿Y qué dice a todo esto su nieta?

—A Gina le parecía bien.

—En fin, lamento que todo se haya estropeado. Y desde luego, olvídense de la señora Crawford. No tiene nada que ver en el asunto.

—Pues yo he de seguir investigando —me dijo cuando ya me levantaba de la butaca—. No puedo escribirle a mi amigo y decirle simplemente que su nieto ha sido asesinado. No, señor Ryan. Cuando le escriba a Carlo, además de decirle que su nieto ha sido asesinado, le diré también quién lo mató y cómo lo he ejecutado.

—Sus ojos brillaron de una forma insospechada. —¿Lo entiende? Italianos...

CAPÍTULO VI

Almorcé en un restaurante de la West 41nd Street, cerca del lugar donde se ubicaba la

foto-sex

que me interesaba. Comí de mala gana, pensando en los tentáculos del viejo Enzo Montagnini. Si ellos daban antes con Amos Crawford...

Por otro lado, no me había marchado de casa del anciano sin antes telefonar a Louise Crawford para decirle que ya podía soltar a los dos «chicos impulsivos». Éstos recibieron una reprimenda del viejo por teléfono, ante mí, no sé si para cubrir las apariencias, y supongo que no le hicieron nada ni a la señora Crawford ni a su doncella.

La

foto-sex

se levantaba en la West 42nd Street, casi al lado de la West Side Airlines Terminal. No era muy llamativo el exterior en comparación con otros establecimientos similares: un rótulo donde se podía leer un par de veces «Photo-Sex» y una sola «Nude Girls».

Entré, encontrándome en una pequeña sala cuyas paredes estaban adornadas con fotografías de mujeres desnudas en las más diversas posiciones. Al fondo había unos rojos cortinones, a la derecha una puerta en la que había escrito con letras negras Dark Room, y a la izquierda un mostrador tras el cual hallé a un tipo alto y desgarrado que en aquellos instantes se hurgaba la nariz.

Al verme, abandonó su trabajo y puso ante mí una pequeña máquina de fotografiar y un catálogo.

No hice caso y dije:

—Busco a Wanda.

—Hoy no ha venido —me respondió sin apenas mirarme—. Escoja otra.

—Me interesa Wanda.

—Ya le he dicho que no está. No sea pesado.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Yo qué sé. Aquí el trabajo no es fijo ni obligatorio. Si las chicas encuentran algo mejor un día, pues no vienen. Muchas se dedican a la prostitución. Tal vez hoy Wanda haya encontrado a un tipo con pasta y, haciendo sus números, haya llegado a la conclusión de que sacaba más dinero con él que viniendo aquí a dejarse retratar. A nosotros no nos preocupa en exceso. Tenemos chicas a porrillo. Vea, vea... —Me abrió el catálogo—. Tan buenas o más que Wanda.

Cerré el catálogo. Dije, terco:

—Quiero a Wanda.

—Oiga, no me diga que es usted de esos maniáticos que se enamoran de las chicas.

No le dije que sí ni que no.

—Apuesto a que tiene su dirección, ¿no? —Le mostré un billete de veinte.

—Sí.

El billete de veinte casi nunca falla.

—Pues dígamelo y podrá seguir con sus prospecciones.

Me miró con mala cara, se guardó el dinero y sacó un fichero de debajo del mostrador. Buscó en él y al final extrajo una de las cartulinas.

Se la quité de la mano antes de que me dijera algo. La miré. Y como esperaba encontré una foto unida a ella mediante una grapa. Wanda Robinson —según pude leer— tenía veintidós años y vivía en el 280 de la West 10th Street, en Greenwich Village.

Era un edificio carcomido por el paso del tiempo. El portal estaba abierto, no había servicio de portería y el interior olía a rancio. Utilicé para subir lo único que había: las escaleras.

Cuando llegué ante la puerta número once, pulsé el botón del timbre. Nadie contestó, así que repetí tres veces más.

Al final me decidí por la ganzúa. No estaría de más echarle una mirada al apartamento, aunque tenía malos recuerdos de ocasiones anteriores.

Esta vez no hubo excepción. En el dormitorio, sobre la cama, me encontré los cuerpos desnudos de un hombre y una mujer, manchados de sangre reseca, sin vida.

Ella era Wanda Robinson. El, Amos Crawford.

CAPÍTULO VII

Lo malo de los muertos es que nunca dicen nada, creo que ya lo he comentado en situaciones similares. Allí estaban él y ella, Amos Crawford y Wanda Robinson, tumbados sobre el lecho rojo de la muerte, inertes, sin un soplo de vida, sin poderse dar cuenta de que tenían visita y que por pudor debían cubrirse las partes.

¿Qué le podía costar a uno de ellos abrir un momento la boca y decir: «Lo hizo fulano»?

Y es que los muertos no tienen consideración con los vivos. Ellos se largan a descansar en paz, eternamente, y aquí nos dejan a los demás con los problemas de la existencia, tratando de resolver crucigramas.

La intriga final de la Robinson y Crawford se la habían resuelto a base de plomo, A ojo de buen cubero les conté alrededor de media docena de impactos, bien repartidos por el cuerpo. Imaginé que el asesino o los asesinos debían haber empleado silenciador cuando ^hasta ahora nadie los había descubierto.

Me desentendí de ellos, saqué el pañuelo y le eché un garbeo al apartamento. No había signos de otra violencia y tampoco hallé nada interesante. Era el vulgar apartamento de una vulgar chica de la vida.

Pensar en Enzo Montagnini era darle demasiada rapidez a un viejo en un sillón de ruedas. Entonces, ¿quién? ¿Por qué?

¿Y qué tenía que ver esta masacre con Giorgio Bonelli? ¿Había sido Amos Crawford su asesino? ¿Qué pintaba en el juego la chica de la

foto-sex

?

No me quedé allí haciéndome más preguntas. Las respuestas no

suelen llegar por la gracia del Espíritu Santo. Hay que buscarlas.

Atardecía de una forma gris y fea cuando entré de nuevo en la foto-sex

. Era el final del invierno y los días de New York sólo invitaban a la depresión.

El tipo del mostrador había abandonado los pozos de petróleo y ahora se dedicaba a sobarle los pechos a una muñeca que le hacía compañía tras el mostrador y que reía como si le hicieran cosquillas.

Al verme, la chica rápidamente se abotonó la blusa y el tipo frunció el ceño, apoyando las manos sobre el mostrador.

—¿Otra vez por aquí?

—Ya lo ve.

—¿Ha cambiado de opinión?

—No he encontrado a Wanda.

—Mala pata.

—He venido para ver si puede proporcionarme alguna otra idea, algún otro sitio donde pueda localizarla... Seré generoso.

—¿Wanda? —inquirió la muñeca rubia entrando en la conversación—. ¿Qué ocurre con Wanda?

—Éste... señor quiere verla —le explicó el sobón—. Parece ser que tiene muchas ansias.

—Oh.

—Bien. ¿Qué me pueden decir? —Me impacienté.

—No sé nada más —respondió el tipo—. Mi relación con ella era muy superficial.

—¿Y tú, encanto?

—Idem.

Me quedé mirándoles. Ella me enseñó la puntita rosada de su lengua entre los carnosos labios, muy coqueta.

—Alguien habrá que tuviera más ligazón con ella.

—Betsy —soltó la muñeca rubia.

—¿Quién es Betsy?

—Una de las chicas —me aclaró el tipo mirando hacia los cortinones rojos.

—¿Puedo hablar con ella?

—Son treinta dólares —me colocó la máquina fotográfica delante de las narices—. Puerta ocho.

Me dejé ordeñar, tomé la máquina y encaminé mis pasos hacia los cortinones rojos. Al atravesarlos pensé en la cama de Wanda Robinson. Luego pasé a un pasillo en penumbra, con puertas a ambos lados. Encontré la número ocho, golpeé con los nudillos, escuché un «adelante» y entré.

Betsy era una morenaza con un tipo escultural. Melena negra muy larga, hasta casi el final de su espalda, busto alto y agresivo, cintura estrecha, rotundas caderas, largas y bien dibujadas piernas. Poseía un rostro atractivo, pícaro, con unos grandes ojos color miel y una apetitosa boca roja como las fresas. Se cubría únicamente con un salto de cama que apenas velaba las formas de su cuerpo.

—Hola, guapo —me saludó, mientras se humedecía los labios con la lengua.

—Hola —repuse, jugueteando con la máquina fotográfica en las manos.

La pieza se componía de una cama, dos butaquitas, un potente juego de luces y una percha de la que colgaban distintas prendas de mujer, ñero no piensen en abrigos y pret-á-porter; había medias, braguitas, sujetadores, un echarpe, viejos corsés, un par de sombreros, incluso un látigo. En el suelo descansaban un par de zapatos y otro par de botas de caña alta.

—Cuando quieras, guapo. ¿Cómo quieres empezar?

—Me da lo mismo —dije, desganado.

—El cliente es quien manda.

—Lo mío no es la fotografía.

Ella me entendió mal.

—Pues si buscas lo otro, te has equivocado de sitio. Aquí está prohibido tocar el género.

Y así diciendo se quitó lo poquito que llevaba encima para ponerme los dientes más largos.

—¿Una así? —me preguntó, adoptando una postura clásica de bailarina de ballet.

—Bueno.

—¿Y qué te parece ésta? —Se tumbó boca arriba en la cama, abriendo y encogiendo las piernas frente a mí.

—Vale.

—¿O ésta? —Se colocó de rodillas, apoyada sobre sus manos, ofreciéndome la excelente curvatura de sus nalgas de mármol.

—Okay.

A continuación saltó de la cama, camino de la percha. Me preguntó:

—¿Qué quieres que me ponga?

Me lo pensé.

—A Wanda le gusta el echarpe —dije de pronto.

Ella me miró fijamente.

—¿Conoces a Wanda?

—Algo.

—Yo soy amiga suya.

—Oh, qué casualidad. Resulta que hoy no ha venido y... y por eso he entrado aquí.

—¿Así? —me preguntó, ya con el echarpe sobre los hombros.

Maldito si servía para algo aquel echarpe, pero... Clic, otra foto.

—¿Qué puedes contarme de Wanda? Desearía saber cosas de ella.

—¿Por qué?

—Me gusta —puse cara de reprimido.

—¿Qué tal?

Se había colocado las botas y empuñaba el látigo.

—¡Grrr! —Compuso un rostro agresivo.

Qué remedio. Foto al canto.

—Pues quítate las ilusiones guapo. Wanda está comprometida.

—¿Ah, sí? —Iba por el buen camino—. Una pena.

Volvió a la cama, completamente desnuda. Se arrodilló, el resto del tronco erguido, una mano acariciándose el sexo y la otra jugando con un pezón. Su rostro ahora expresó un dulce placer.

—¿Quién es el afortunado? —pregunté, mientras disparaba.

—Un italiano —respondió, imitando «La Maja Desnuda» de Goya.

La máquina fotográfica tembló un instante en mis manos. E hice la foto.

—¿Un italiano?

—Sí, un tal Gianni. No le conozco mucho, pero por lo poco que le he tratado te aseguro que es un mal bicho. No sé cómo se puede entender con él. Claro que a Wanda siempre le han gustado los bestias.

Nuevamente recurrió a las cosas de la percha. Unas medias

negras, hasta la mitad del muslo, y un viejo corsé, dejando al aire su triángulo pubiano y sus nalgas. Compuso una figura erótica, incitante.

—¿Dónde lo puedo encontrar? ¿Sabes dónde vive?

—¿Para qué? —Se movió, curiosa.

—¡Quieta! —ordené—. Vale.

—Ya te he dicho que es un tipo con malas pulgas...

—Antes de venir aquí busqué a Wanda en su apartamento y no la encontré. A lo mejor está con él. Necesito verla, aun a costa de que me rompan los dientes.

Me miró fijamente, tras haberse quitado lo anterior. Tomó una braguita calada, negra.

—Tú estás chiflado, muchacho.

—Ya te lo dije antes: Wanda me gusta.

—No sé qué os da, infiernos —se colocó la braguita y luego cogió un sujetador, simulando que en esos instantes se lo desabrochaba y quedando sus senos a medio descubrir—. Anda, tira.

Tiré.

—Dime, ¿sabes cómo puedo localizar a ese tal Gianni?

—¿Para qué buscarte problemas, guapo? Te dije que tocar el género está prohibido, pero después del trabajo quedo completamente libre. Prueba conmigo y ya verás cómo consigo hacerte olvidar a Wanda. Mis precios son como los de ella, ¡y mira mi cuerpo!

Otra vez la vi desnuda. Estaba realmente cañón, pero el trabajo era el trabajo.

—Bueno, basta —corté—. ¿Quieres hacer el favor de indicarme cómo encontrar a Gianni?

—Sólo sé que Wanda acude muchas veces a

«Bruno's

», un bar de la Spring Street, cuando va a reunirse con él. Posiblemente sepan allí algo.

—Gracias, encanto.

—Tú te lo pierdes —me dijo cuando yo ya salía.

Al llegar al mostrador, dejé la máquina, las fotos y veinte dólares de propina. Ella estaba en las rodillas de él.

—Podéis seguir —dije, continuando mi camino hacia la salida.

La noche era algo fría. Embutí las manos en los bolsillos de mi chaqueta y eché de menos una gabardina. También eché de menos comer como las personas.

Así que antes de pasarme por
«Bruno's

» decidí hacer un alto en un restaurante cercano a mi casa, donde solía comer a menudo.

Fue una mala ocurrencia porque después del primer plato, una sabrosa sopa de pescado, ya estaba hartado de bocadillos y hamburguesas, cuando me iba entonando, apareció por allí mi viejo conocido, que no amigo, John Jeffries, teniente de la Brigada de Homicidios.

Su saludo me dejó sin apetito:

—¿Qué sabes de la muerte de Giorgio Bonelli?

CAPÍTULO VIII

Había tomado asiento frente a mí y su verruga seguía siendo tan repugnante como siempre.

—Habla, Ryan, maldito perro husmeador.

Me apreté el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice. Miré hacia abajo, hacia el siguiente plato, huevos revueltos.

—¿Qué sabes? —pregunté.

—El que hace las preguntas soy yo.

Le encaré.

—¿Qué he hecho mal?

—Comportarte sospechosamente. ¡Y ahora dime lo que sabes acerca de Giorgio Bonelli!

—Lo que leí en los periódicos. Le abrieron la cabeza con un busto de bronce de Abraham Lincoln. Tú ya sabes cómo está hoy día de majareta la gente. Seguro que fue algún loco que quiso que le entraran con mayor rapidez las ideas abolicionistas.

—Basta de chistes baratos. Déjalo para tus amiguitas. Esto es serio.

—Si no me dices cuál ha sido mi comportamiento sospechoso, sólo abriré el pico para comer.

—¡Mierda!

—Por favor... —dije, mirando la comida.

—Vamos, Ryan, no te andes por las ramas. Esta vez te he pillado.

—¿Ah, sí?

—Estuviste en una casa de alquiler de coches haciendo preguntas sobre Giorgio Bonelli. Me dieron una buena descripción.

¡Maldito fuera! ¡Ése había sido mi fallo!

—Si tú le diste al pelo de panocha veinte dólares, yo le regalé

una revista superguarra que le acababa de confiscar a un perverso.

—El soborno no conoce límites.

—¿Por qué, Ryan? ¿Cuál era tu interés en Giorgio Bonelli?

—Secreto profesional.

—¿Quieres que te enchirone?

—¿A tanto llegarías?

—Prueba y verás. Ya sabes que te tengo ganas. Estoy hasta las narices de ti. Ultimamente me has confundido con un servicio de pompas fúnebres. Cuando llego, no encuentro más que cadáveres^[1].

No le conté lo que había descubierto hacía unas horas para evitarle una subida de tensión.

—Un cliente me mandó hacer una investigación rutinaria —improvisé como mejor pude—. Persecución. Creía que sufría persecución. Me dio la lista de varios coches que decía iban tras él. Uno de ellos era el de Bonelli.

—Ya.

—Pero no eran más que imaginaciones tuyas. Le recomendé un psiquiatra. Manía persecutoria, ya sabes.

—¿Crees que soy idiota?

—Créetelo o no, ése es tu problema.

—Giorgio Bonelli estaba vivo cuando tú preguntaste por él...

—¿No pensarás que yo me dedico a abrir cabezas con un busto de bronce de Abraham Lincoln?

—No es tu estilo, desde luego.

—Me alegro que lo reconozcas. Además, después de esa investigación sobre Bonelli pasaron algunos días, hice otro trabajo y pasé un fin de semana en la montaña con unos amigos. Olvidé a Bonelli por completo. Luego lo leí en los periódicos y me dije «mira qué casualidad». Nada más.

—¿Qué haces ahora, Ryan?

—Cenar, ya lo ves.

—¡Te dije que dejaras a un lado los chistes baratos! —Ladró, furioso—. ¡No he venido aquí para escuchar gracias! ¡Llevo un par de horas buscándote por todos lados! ¡Mi humor no...!

—Tú jamás has tenido humor —le interrumpí con una sonrisa.

—¿Qué haces ahora, Ryan? —repitió.

—¿Qué voy a hacer? ¡Trabajar!

—¿En qué?

—Te lo he dicho en mil ocasiones: secreto profesional. Déjame en paz. Ya sabes que te aviso cuando la cosa te incumbe.

—Te recuerdo que lo mío no son los muertos.

—Oh —dije. Y pensé: «Entonces no te cuento lo de Amos Crawford y Wanda Robinson». Luego agregué—: Creía que trabajabas en la Brigada de Homicidios...

—Mira, me estás sacando de quicio... —farfulló.

—Siempre acabamos igual, Jeffries. Anda, vete. No tengo nada para ti. Los italianos no me van.

Se puso en pie. Me señaló con un índice cuya uña necesitaba un poco de limpieza.

—Como luego resulte que tienes algo que ver con el asesinato de Giorgio Bonelli, ¡prepárate! —me amenazó.

—Que el Gran Manítú te ilumine —le dije, como despedida, con la mano derecha alzada.

Giró sobre sus talones, refunfuñando, y se encaminó hacia la salida.

Ataqué los huevos revueltos, pero ya sin muchas ganas. Luego pedí un café y fumé un cigarrillo. Me quedé pensando cómo podía terminar todo este asunto.

* * *

«Bruno's

» se encontraba en pleno Little Italy, entre Broadway y West Broadway. Era un tugurio maloliente con una variada mezcla de fulanos y fulanas.

Estaba abigarrado a aquellas horas de la noche y tuve que abrirme paso a codazos. Alguna chica intentó cogerse de mi brazo, también un chico equivocado. Todos se quedaron con las ganas.

Llegué al mostrador y pedí una copa de grappa.

—¿Por dónde anda Gianni? —pregunté distraídamente, mientras pagaba, añadiendo una fuerte propina para el que hacía de barman.

Era un tipo corpulento, que lucía un monumental mostacho sobre el labio posterior.

—¿Gianni Scola? —inquirió, atrapando el dinero.

Maldije mi suerte. No sabía el apellido.

—Tiene como amiga una rubia llamada Wanda. Tal vez le haya

visto con ella.

Era posible. Wanda había ido por allí.

—Oh, sí. Es él. Gianni Scola.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con él.

—Lo encontrará arriba.

—¿Arriba? —pregunté, sorprendido. No había visto ninguna escalera, ni piso alto.

—Vive en el edificio que hay encima de este bar —sonrió—. El portal de la derecha.

—Gracias, amigo.

Apuré la copa y salí de allí. El portal estaba cerrado. Había portero eléctrico. Pulsé el botón correspondiente a la plaquita con el nombre de Gianni Scola.

Tardaron en contestarme.

—¿Quién es?

—¿Gianni Scola?

—Sí. ¿Quién es?

—Mi nombre es Ryan. Necesito hablar con usted.

—Ahora no puedo. Además, no le conozco de nada.

—Es importante y urgente.

—Lo siento.

—Se trata de Wanda.

Tras pronunciar el nombre de la muchacha se hizo un silencio muy llamativo.

—¿Qué dice? —agregué.

—Está bien.

Sonó el ruido característico, empujé la puerta y entré. Sabía ya el número de su piso y hacia allí me trasladé en el ascensor.

Me esperaba en el rellano, en pantalones y camiseta. Era un joven de veinticinco años, de mediana estatura, pero ancho de hombros, fuerte. Se le podía apreciar una buena musculatura en los brazos.

—¿Qué pasa con Wanda? —me preguntó nada más verme, sin tranquearme el paso.

—Creo que anda metida en problemas —dije por decir algo. Iba un poco a ciegas—. ¿Ella es su amiga, no?

—Sí. ¿Y qué tiene usted que ver con ella?

Decidí decirle la verdad.

—Trato de encontrar a quien la apioló.

—¿Mu... muerta? —balbuceó.

—En efecto.

—Pase.

Fue entonces cuando me dejó entrar en su casa. No era muy grande y sí poco limpia. Llegamos al living. Me ofreció asiento. El permaneció de pie, brazos en jarras.

—¿Cómo ha sido su muerte? —preguntó.

—La balearon.

Se pasó una mano por la frente.

—¿Qué es usted exactamente?

—Detective privado.

—¿Y... y por qué ha muerto? ¿Tiene... tiene alguna idea?

—Sé cosas sueltas.

—¿Cómo qué?

—He venido aquí para saber cosas no para contarlas.

—Wanda era mi amiga.

—Por eso estoy aquí. ¿La conocía de hace mucho?

—No. Unas semanas.

—¿Estaba metida en algún sucio negocio?

—No, que yo sepa.

—¿Tenía miedo?

—Tampoco.

—¿Conocía usted a Amos Crawford?

Respingó. Lo observé muy bien.

—¿Cómo?

—Amos Crawford. Es el tipo que está muerto junto a ella. Los dos baleados en la misma cama.

—No... no sé quién es...

—No le veo muy seguro.

—¡No sé nada!

—Está bien. ¿Conoce esto, tal vez?

Le mostré la carterita de fósforos.

—Sí. La dan de propaganda en la foto-sex donde trabajaba Wanda.

—Ésta es muy especial. Lleva un nombre aquí —señalé—. Wanda.

Palideció terriblemente.

—¿Es ésta su letra, Gianni? —Seguí diciendo, apuntando una posibilidad que me acababa de saltar a la cabeza.

—¿Dónde... dónde la ha conseguido? —preguntó a su vez, nervioso.

—Del muerto.

—¡Imposible! —soltó espontáneamente.

—¿Cómo que imposible? —Fruñí el ceño. Pero creí vislumbrar algo.

—¡Maldito entrometido! —masculló de pronto, lanzándose hacia el bureau del mueble biblioteca.

Presentí lo que buscaba. Salté de la butaca como si de una catapulta se tratara. Caí sobre él, chocamos contra el mueble, la tapa ya abierta, rebotamos. Gianni se revolvió con violencia y su revés me alcanzó en mitad del rostro. Me separé de él y ahora intentó cazarme con un potente derechazo. Logré esquivarlo, conseguí meter mi puño izquierdo por bajo y castigué su hígado. Bufó y le hundí los dientes con un directo, saliendo disparado contra el mueble. Chocó contra él con su ancha espalda, aguantó bien, escupió sangre y alguna que otra pieza dentaria y luego giró como una fiera para meter la diestra en el interior del bureau.

Empuñaba ya el arma —una automática con pequeño silenciador, acoplado— cuando lo atrapé por la muñeca. Forcejamos. Me clavó una rodilla en las ingles y creí morir. Pero sabía que de verdad moriría si me dejaba vencer por el dolor y me desprendía de él. Aguanté rabiando, y esa misma rabia me hizo apretar con fuerza, golpeando su mano armada contra el mueble. El tipo chilló, pero era duro y no soltó el arma.

Cuando iba a repetir el golpe, con la otra mano intentó desesperadamente meterme los dedos en los ojos, para cegarme. Yo se los mordí, era lo único que podía hacer. Gianni aulló. Mi diestra cayó sobre su cuello y empecé a apretar con fuerza. Nuestros rostros se encontraban a una pulgada escasa, perlados de sudor, contraídos, el mío por la fiereza, el suyo por la angustia, escupiéndose el aliento.

—Suelta la pistola, bastardo —farfullé.

Gianni Scola no sólo no la soltó sino que, con sus últimas fuerzas, atacó a la desesperada. Y sorpresivamente. Con evidente

riesgo.

Proyectó su frente hacia delante, inesperadamente, casi ahogándose más, y recibí un fuerte cabezazo en el tabique nasal. Por un momento pensé que me lo había roto. Perdí energías. Y así logró desprenderse de mi zarpa derecha con un tirón bestial de su mano mordida y movió su diestra con el fin de que el tubo silenciador apuntara a mi cabeza, venciendo la resistencia de mi zurda. Vi el negro agujero, sudando a chorros ya, entre el atontamiento que me invadía, notando en los labios el acre sabor de la sangre que brotaba de mis fosas nasales. Ahora surgiría el disparo.

Fue algo casi milagroso. Logré girar su muñeca armada en el justo momento que apretaba el gatillo. Escuché el taponazo, vi el estallido de su cabeza, sentí su sangre, su piel, las astillas de sus huesos y su masa encefálica salpicando mi rostro. Me separé de él como si diera corriente eléctrica.

Mareado y asqueado, giré sobre mis talones. Y me encontré con el rostro patético, horrorizado, de una muchacha desnuda, sus manos en la boca, ahogando el grito que quería brotar de su garganta.

CAPÍTULO IX

Lo primero que hice fue recoger la automática del suelo. No me fiaba de nada ni de nadie. Me la guardé en un bolsillo de la chaqueta y saqué un pañuelo. Comencé a limpiarme el rostro y al tiempo pregunte.

—¿Quién eres?

La muchacha debería contar veintitrés años a lo sumo. No era muy alta, sí morena, de pelo castaño, ojos negros, grandes, boca pequeña y carnosa, seno bien desarrollado, firme, con unas aureolas mamarias enormes, caderas no muy ampulosas y piernas torneadas.

—Me llamo, me llamo Susan —balbuceó, sin apartar su mirada del muerto.

Yo ni siquiera le había dirigido un vistazo a Gianni. Por un lado, no era agradable, y por otro, había dejado de interesarme.

—¿Qué haces aquí? —Seguí interrogándola. La hemorragia nasal no cedía.

—Yo... esto...

—Estabais en la cama pasándolo bien, ¿eh? —La ayudé. Se encontraba muy asustada.

—Sí, eso... Gianni me... me había contratado para pasar la noche...

—Así que eres una prostituta...

—Sí.

—¿Sabes si tenía botiquín?

—Supongo que en el lavabo.

—¿Dónde está?

Me lo indicó, sin dejar de temblar su cuerpo, como si allí hiciera mucho frío. Aproveché entonces para lavarme bien el rostro. Luego encontré algodón y agua oxigenada, compuse dos tapones y me los

coloque en las fosas nasales. Si el remedio casero no daba resultado, tendría que ver a un médico. Tal vez tuviera algo roto...

—¿Conocías mucho a Gianni?

—No.

—¿Sabes al menos a lo que se dedicaba?

—No...

—No me mientas, muchacha.

—Bueno, tenía fama de... de pandillero...

—Pandillero, ¿de quién?

Se encogió de hombros. La miré fijamente. ¿Lo sabía o no lo sabía? ¿Tenía miedo a hablar demasiado?

—Gianni tenía una amiga. Una chica que trabajaba en una foto-sex

. Wanda se llamaba. ¿La conocías?

Meneó la cabeza de un lado a otro, negando. Y luego preguntó:

—¿Por qué dices... se llamaba?

—Porque está muerta. La asesinaron junto a un tipo llamado Amos Crawford. ¿Tampoco has oído hablar de él?

—No...

—Gianni sí que debía saber —saqué del bolsillo su automática, La muchacha retrocedió—. Tranquila...

—Miré el arma y añadí: —Estoy seguro que Gianni tuvo que ver mucho en ello. A los dos les mataron a balazos y con silenciador. Pero bueno, todo esto no te interesa. Son pensamientos míos en voz alta...

También pensaba otras cosas. Que si Gianni parecía tener relación directa con las muertes de Crawford y Wanda, no así con la de Giorgio Bonelli. Un pandillero como Gianni no asesina con un busto de bronce... normalmente. Además, se trataba simplemente de eso, de un pandillero, y un tipo así siempre actúa por orden de otro, siempre tiene un jefe. ¿Quién era?

Por otro lado, aparte la prueba que podía significar el arma —una vez se hicieran las comprobaciones en Balística, si es que la entregaba a la policía—, estaba clara la relación de Gianni por su sorpresa ante la carterita de fósforos. Aquel «¡Imposible!» delator sólo significaba que él había registrado al muerto. Por tanto, tenía conocimiento de los asesinatos. Por tanto, posiblemente él fuera el asesino. ¿Y por qué había registrado al muerto? ¿Buscando la

carterita de fósforos? ¿Era suya? ¿Y qué importancia podía tener? ¿Por qué aquellas muertes, empezando por la de Giorgio? Aquí la cosa comenzaba a complicarse...

—Será mejor que nos marchemos de aquí... ¿dijiste que te llamabas Susan?

—Sí, Susan.

—Pues bien. Vayámonos, Susan.

—¿Tendré, tendré que ir a la policía...?

—No, no te preocupes. Nos largaremos de aquí como si no hubiera pasado nada.

—Está bien. Voy a ir a vestirme.

—Okay.

Fue algo inopinado. Al echar a andar, ella tropezó conmigo y yo, instintivamente, alargué los brazos. Me encontré con su cuerpo. Durante unos largos segundos nos estuvimos mirando fijamente.

—Aún no sé tu nombre —dijo ella.

—Johnny. Johnny Ryan.

—¡Abrázame fuerte, Johnny! —exclamó, pegándose a mí como una lapa, buscando protección.

Lo hice. La sentí estremecerse. Descendí mi rostro y busque sus labios, absorbiéndolos con avidez. Su lengua correspondió a la mía, mientras mis manos se aferraban a sus nalgas y apretaban su sexo contra el mío, y notaba cómo éste se endurecía.

Nos separamos ligeramente y mis labios descendieron hasta encontrar sus globos carnosos; que besaron y acariciaron arrancándole a la muchacha gemidos de placer.

—¿Por qué no te desnudas? —sugirió.

Antes la tomé entre mis brazos, en volandas, y la conduje hasta el dormitorio, que ella me indicó. La cama estaba un tanto revuelta.

La deposité sobre el lecho y luego procedí a desnudarme con rapidez. Dejé mi reloj de pulsera sobre la mesita de noche, entre el despertador y el teléfono de góndola. Por último, caí sobre ella.

Casi enseguida, sin apenas preliminares, me introduje en su cálido interior, pues mi deseo era muy grande, apremiante. Todo mi cuerpo se movió en un ín crescendo violento, salvaje, primitivo, del cual había perdido por completo las riendas, mientras ella se debatía bajo mí como podía, entre ahogados grititos. Al final me envaré y caí a plomo sobre su cuerpo, al tiempo que Susan

boqueaba y se aferraba a mí como si fuera el último hombre vivo.

Después, reposamos en silencio, cada uno con sus propios pensamientos. Lo mío era patológico. Acababa de liquidar a un tipo y me había metido en su propia cama con la chica que pensaba disfrutar aquella noche. Pero los muertos no protestan, ni son celosos, carecen de pasiones y por tanto su soledad es completa y nada traumática.

Susan fue la primera en reaccionar, apoyando su cabecita sobre mi pecho. Me acarició.

—¿Qué piensas? —me preguntó.

—Pienso que me encuentro metido en un lío de órdago, sin ningún sentido.

—¿A qué te dedicas?

—Soy detective privado.

—¿Y cuál es el lío?

—Ya te conté algo antes. Una serie de crímenes inexplicables.

—¿Y la policía qué hace?

—No lo sé ni me importa.

—¿No colaboras con ella?

—No.

—¿Por qué?

—Amo mi independencia.

—¿Trabajarás para alguien?

—Pues no.

—Entonces, ¿trabajas por gusto?

—En estos momentos, sí.

—¿Por qué?

—Ésa es una pregunta difícil de contestar. Supongo que cada uno busca en la vida su entretenimiento para pasar el rato. Hay quien le da por asesinar a sueldo y hay quien le da por salvar almas. A mí me da por jugar a los detectives y llega un momento en que profesión y hobby se confunden. Algo de eso debe haber...

—¿Y qué vas a salir ganando?

—Resolver una intriga. Me molestan las intrigas. La intriga que más detesto es la de la existencia del ser humano.

Ella me observó con curiosidad, luego saltó de la cama y fue a por sus ropas. La imité un minuto después.

Salimos del dormitorio. Le dirigimos una última mirada al

muerto y abandonamos su piso no sin antes dejar la pistola. Era lo mejor.

Ya en la calle, Susan se despidió:

—Bueno, adiós.

—¿Quieres que te lleve a algún lado? Tengo coche.

—No, gracias. Pasearé.

—Como quieras.

Se alzó sobre las puntas de sus zapatos y depositó un suave beso en mis labios.

—Suerte, Johnny.

La vi alejarse calle abajo. Me quité los tapones de la nariz y comprobé que ya no sangraba. Caminé hacia mi coche y los arrojé en la primera papelería pública que vi.

No llegué al «Chevy». Antes el cañón de una pistola se clavó en mi columna vertebral y una ronca voz me escupió en la nuca:

—Hacia ese «Ford», sin tonterías.

Ésa era mi suerte.

CAPÍTULO X

Ni entendía nada ni sabía a qué venía todo aquello. Lo cierto es que me vi en el interior del «Ford» que se encontraba aparcado junto a la acera, dos coches delante del mío, desprovisto ya de mi «38».

Eran las dos de la madrugada y la Spring Street se hallaba prácticamente vacía. Nadie fue testigo del asalto que fui objeto.

El tipo de la pistola se sentó a mi lado, sin dejar de apuntarme. El coche estaba en marcha y el que se encontraba al volante solo tuvo que soltar el embrague y acelerar.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté, alarmado—. ¿A qué viene esto?

—Cierra la boca, tipo listo —me espetó el del arma. Era un fulano que parecía sacado de una vieja película de gángsters; le faltaba únicamente el sombrero. Debía ser un forofó de los filmes de Bogart.

—Posiblemente se hayan equivocado de persona —dije sin mucha convicción—. Yo soy Johnny Ryan.

—Johnny Ryan es precisamente quien ha de dar el «paseo» —sonrió ferozmente el sosias de Humphrey.

El conductor soltó una risita enfermiza.

Comprendí instintivamente qué clase de tipos eran aquéllos y lo que pensaban hacer conmigo. Desde luego, no estaba de acuerdo.

—¿Por dónde vamos a pasear? —pregunté, mirando por la ventanilla. Continuábamos por la Spring Street, pero ya habíamos dejado atrás la Avenida de las Américas—. No creo que sea ésta una hora muy apropiada. Tengo sueño.

—¡Te dije que te callaras!

—Okay.

Permanecí un rato en silencio, mientras cruzábamos Varick

Street y luego Hudson Street. Bordeamos el comienzo del Holland Tunnel, continuando hacia los muelles de Lower Broadway.

No perdía de vista al pseudo Bogart. Empuñaba con mucha firmeza la pistola, siempre apuntándome al corazón, vigilándome estrechamente. Del otro no tenía por qué preocuparme porque lo suyo era únicamente el volante. Ni siquiera había visto bien su rostro. Sólo sabía que lucía una larga melena negra y que sus orejas eran puntiagudas.

—¿Quién os manda? —inquirí de pronto, iniciando de nuevo la conversación. Trataba de encontrar un descuido en el tipo armado.

—No hagas preguntas tontas y cierra el pico.

—Me gustaría saber a quién he molestado.

—No te preocupes. Ya no molestarás más.

Nuevamente sonó la risita enfermiza.

Aquello me sublevó la sangre. Decidí jugármelo el todo por el todo.

—¡Cuidado! ¡Ese coche! —exclamé súbitamente con el verismo de un actor de primera categoría.

Sirvió el truco. El conductor, instintivamente, redujo velocidad, sin saber a ciencia cierta a qué coche me refería. Pero eso me tenía sin cuidado. Lo importante era el comportamiento del otro. El tipo de la pistola desvió su mirada un instante de mí y eso era lo que yo esperaba.

Mis dos manos cayeron a la vez sobre su muñeca armada, con salvaje ímpetu.

—¡Paolo...! —gritó.

Italianos. O americanos de origen italiano, porque hablaban perfectamente el idioma, como si hubieran nacido aquí.

El conductor giró levemente la cabeza para ver lo que ocurría y una bala le entró por un ojo, vaciándose. Soltó un grito espeluznante.

Su compadre había apretado el gatillo en el justo instante en que le desviaba la mano armada. Ahora el coche, sin conductor, se lanzó a una loca carrera West Street hacia abajo.

—¡Nos vamos a estrellar! —jadeó el fulano.

Miré un segundo, sin dejar de forcejear con él, y los pelos se me pusieron de punta. Las farolas, los escaparates, los anuncios de neón pasaban a gran velocidad, y lo que era peor: el auto iba perdiendo

rectitud en su trayecto, desviándose hacia la derecha, hacia la acera...

—¡Hay que tomar el volante! —gritó el matón.

Pero el que cogiera el volante quedaba en manos del otro.

Continuaba la lucha por la pistola, de pronto el coche dio un brinco, prueba inequívoca de que acabábamos de subirnos a la acera, vi venir hacia nosotros una gran cristalera, le solté al tiempo que abría la portezuela de mi lado y me dejaba caer, rodé como una pelota, oí un gran estallido, el rostro se me encendió a causa de las repentinas llamas que brotaron frente a mí.

Me puse en pie y corrí hacia el auto. Ardía principalmente por la parte delantera, incrustada en el escaparate de una tienda de artículos deportivos. Por la portezuela que yo había dejado abierta vi asomar una mano crispada. Me acerqué y tiré de ella, sacando a duras penas el cuerpo maltrecho del tipo de la pistola.

Estaba moribundo, el rostro convertido en una máscara de sangre.

—¿Quién os mandó? —le pregunté.

—Nando... Nando Caprioli...

—¿Gianni Scola también trabajaba para él?

—Sí.

—¿Cómo sabíais de mí?

No llegó a decírmelo. Antes expiró. Le eché mano y recuperé mi «38».

Al ponerme en pie ya me rodeaban varios curiosos que habían detenido sus coches al ver el estropicio y el fuego. Ninguno presentaba indicios de haber visto lo sucedido porque todos preguntaban qué había ocurrido. Por otro lado, a aquellas horas no había ningún transeúnte por allí y por tanto no había habido testigos del suceso.

—Yo lo vi —dije—. Fue algo horrible. De pronto el coche se salió de la calzada y se estrelló, estallando en llamas. Intenté ayudar a este pobre hombre, pero ya ven... Oh, estoy aturdido, mareado, ha sido impresionante. No estoy acostumbrado a estas cosas.

Algunos se ofrecieron a ayudarme.

—No, no hace falta. Vivo aquí al lado. Franklin Street, número doscientos diez. Mi nombre es Peter Dowell. Denle estos datos a la policía, si los precisan. Me voy. No me encuentro nada bien...

Algo tambaleante me alejé de allí sin ninguna oposición, dejando que los otros hicieran cábalas sobre lo sucedido.

Giré, efectivamente, por Franklin Street para enseguida acelerar el paso, llegar a West Broadway y subir hasta Spring Street de nuevo. Allí tomé mi coche y me trasladé a casa. El descanso lo tenía bien merecido.

* * *

Me levanté a las diez de la mañana, ya algo recuperado. Me duché, me vestí y desayuné café y tostadas con mantequilla. Pensé detenidamente en el asunto, ahora la mente más despejada.

Las cosas estaban así: alguien había liquidado a Giorgio Bonelli y no sabía aún por qué. Ese alguien podía haber sido Amos Crawford, pero según mi apreciación particular éste no tenía madera de asesino. Pensar en el tal Gianni Scola no lo encontraba muy congruente, aunque sí era seguro que éste había matado a Wanda Robinson y a Amos Crawford. Este último tenía en un bolsillo de una chaqueta una carterita de fósforos de propaganda de la

foto-sex

en que trabajaba Wanda Robinson, con el nombre escrito de la joven, cosa que parecía pertenecer a Gianni Scola, dado su comportamiento. Con estos datos uno podía deducir que Amos Crawford debía haber tenido algún contacto con Gianni Scola para poder hacerse con la carterita de fósforos y también debía haber contactado con Wanda Robinson. Y el pandillero los había liquidado a balazos... ¿por qué? ¿Y qué tenían que ver los tres con Giorgio Bonelli? Luego resultaba que Gianni Scola era un pandillero de un tal Nando Caprioli —a quien no tenía el gusto de conocer, pero que pronto me lo echaría a la cara— y que dos pandilleros más de éste intentaban darme el último paseo. Se podía pensar que Amos Crawford había matado a Giorgio Bonelli y que los de Caprioli no habían hecho más que vengarlo, pero no era lógico, Bonelli era un recién llegado al país, sin apenas contactos ni amistades íntimas, según me había contado Enzo Montagnini... ¡Montagnini, éste sí! Pero entonces, ¿por qué recurrir a Caprioli y sus pandilleros? ¿Por qué montar la farsa de ir a por la esposa de Crawford? No, el viejo mafioso había sido sincero... También se

podía pensar que Giorgio Bonelli y su crimen no tenían nada que ver con lo demás, podía darse, sí, pero había demasiado italiano por medio para admitirlo. Lo cierto era que existían todavía muchos puntos oscuros y sólo tenía la baza de Nando Caprioli para intentar aclararlos.

Necesitaba una información de primera mano acerca del tal Caprioli y nada como la policía para facilitármela, ya que daba por sentado que el italiano debía ser un «conocido» de ésta.

Acaricié una buena idea.

Me dirigí al teléfono, marqué el número del Police Department y pedí por la Sección de Homicidios. Allí pregunté por el teniente Jeffries y como ya suponía me dijeron que no estaba. Jeffries es un trotacalles, no un hombre de despacho.

—Cuando regrese, dígame que ha llamado su amigo.

—Johnny Ryan, ¿hará el favor? Sí, Johnny Ryan. Su amigo Johnny Ryan —insistí.

Con una pérfida sonrisa dibujada en mi rostro tomé mi coche y me trasladé hasta el Precinto del distrito doce, al que corresponde el barrio italiano.

Entré, me identifiqué ante el sargento de guardia y rogué hablar con el capitán de detectives.

No hubo muchos inconvenientes: subí por una vieja escalera, esperé unos minutos en la sala de detectives y al poco se abrió la puerta del fondo y me invitaron a pasar. Dejé atrás el sonido de las máquinas de escribir y los murmullos.

Quedé encerrado con un hombre de cuarenta y tantos años de edad, alto, fuerte, rubicundo. Se encontraba en mangas de camisa, el cuello abierto, sin corbata. Dijo llamarse Heston.

—¿Qué le trae por aquí, señor Ryan? —me preguntó una vez estreché su diestra y tomé asiento frente a él.

—Busco una pequeña información para un caso que estoy resolviendo. Vengo recomendado por mi amigo el teniente John Jeffries de la Brigada de Homicidios. ¿Le conoce?

—No tengo el gusto.

Era de imaginar. Mucho mejor.

—Yo siempre colaboro estrechamente con la policía. John Jeffries podrá hablarle de ello. Nos debemos favores, ya sabe. Como voy buscando información acerca de un italiano poco recomendable

por lo que intuyo, John, mi amigo John, me sugirió que me pasara por aquí. Posiblemente ustedes puedan ampliar mis conocimientos.

—¿De quién se trata?

—Nando Caprioli.

—¡Nando Caprioli! ¡Menudo pájaro de cuenta!

—¿Qué me puede contar de él?

El capitán Heston se mesó los cabellos, observándome con cierto recelo. No, no podía ser tan fácil.

Y en efecto, descolgó el teléfono.

Yo sonreí.

—¿Sección de Homicidios? Soy el capitán Heston del Precinto del distrito doce. ¿Podría ponerse al aparato el teniente John Jeffries?

—...

—¡Vaya! ¿Usted es colaborador suyo?

—...

—Muy bien, detective Arkin. Deseaba saber si el teniente Jeffries tiene amistad con un detective privado llamado Johnny Ryan.

—...

—Johnny Ryan, sí.

—...

—Gracias. Adiós.

Nos miramos fijamente. Se desgranaron unos segundos bastante inquietos para mí.

—Está bien —dijo al fin—. Nando Caprioli, ¿eh?

—Sí —cabeceé, disimulando un suspiro de alivio.

—No hace falta que recurra a los ficheros. Me lo sé de memoria. Actualmente estamos «trabajando» a su ex novia con el fin de que nos aporte algunas pruebas que nos permitan enviarle a descansar por una larga temporada. La chica está bastante dolida con él y confiamos en que se una a nosotros. Precisamente mis muchachos están en estos momentos con ella, tratando de convencerla. Eso puede suceder hoy, mañana..., y entonces caeremos sobre Nando Caprioli.

—Me parece muy interesante, capitán —le sonreí amablemente —, pero no es eso lo que me ha traído aquí.

—Sí, tal vez me he desviado un poco del tema —reconoció—. Verá... Nando Caprioli nació en este barrio, hijo de emigrantes

italianos. Sus padres se dedicaban a la venta de frutas y verduras, tenían un puesto en un mercadillo que ahora ya no existe. No vivían ni mal ni bien, pero el futuro que le ofrecían a su hijo no le gustó a éste y el que él escogió dejó bastante que desear. Comenzó como delincuente juvenil por las calles de este barrio, ya se imagina, pequeñas cosas, hurtos principalmente. Se le detuvo en algunas ocasiones, pero nunca por nada importante por lo que pudiéramos enchironarle por un largo espacio de tiempo... Luego se unió a otros tipos como él, algunos de peor calaña si cabe, formaron pandilla y él no tardó en proclamarse como jefe. Ahora sabemos que se dedican a la extorsión y al proxenetismo, pero nos faltan las pruebas suficientes porque nadie quiere hablar. Ya sabe cómo son estos casos: el pueblo espera que la policía resuelva todo por la gracia del Espíritu Santo, sin ellos aportar nada, pues para algo se nos paga...

—Lo sé.

—Bueno, pues eso es más o menos lo que le puedo contar de Nando Caprioli.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—¿Nando Caprioli es un tipo que va por libre o tiene la protección de algún «padrino»?

Al hacer la pregunta, un servidor pensaba en Enzo Montagnini.

—Que sepamos, es independiente.

—Ajá.

—En realidad, no tiene la suficiente categoría para pertenecer a una familia.

—Comprendo.

—Pero eso no quita para que no aspire a formar parte de la élite. Es una de sus mayores ambiciones. Por ello ha abandonado a su novia.

—Sin la ambición, el ser humano sería un lagarto al sol —me sentí filósofo.

El capitán Heston me correspondió con una sonrisa beatífica.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle? —agregué. Era lo que más me interesaba.

—¿Tanto interés tiene por él?

—He de preguntarle algunas cosas acerca del problema que le

incumbe a mi cliente.

—¿De qué se trata?

—No tengo permiso de mi cliente para contarle. Es un asunto personal, privado.

—Ya —compuso mala cara.

—Pero no tema, no tiene ninguna relación con algo criminal —añadí al momento, para tranquilizarle y suavizarle el gesto—. Si viera la conexión, tenga por seguro que enseguida le pasaría aviso. Ya se lo dije antes: colaboro estrechamente con la policía. El teniente John Jeffries lo sabe muy bien.

El capitán Heston cabeceó, aceptando mis palabras, dichas con esa facilidad cínica que a veces tengo, y me informó:

—Hay unos billares en la esquina de Sullivan Street y Prince Street. Es su lugar habitual de reunión. Pero lleve cuidado, Ryan: los hombres como nosotros, los que nos dedicamos a la investigación, no les caemos simpáticos, y usted ni siquiera tiene un cargo oficial...

—Sé un par de chistes muy buenos. Tal vez eso sirva para algo.

Le guiñé un ojo y salí de su despacho.

* * *

Los billares se encontraban en un sótano al que se llegaba por unas sucias escalerillas donde el olor a orín era lo más agradable.

No había mucha gente en el interior, media docena de desocupados, que giraron la cabeza hacia mí al sonar la campanilla de la puerta. Las paredes se hallaban repletas de carteles anunciando famosas veladas de boxeo, las mesas de billar estaban silenciosas y vacías, las máquinas de pin-ball

hacían guiños con sus luces tratando de atraer a una inexistente clientela...

Los desocupados eran cinco hombres y una mujer. Los hombres se encontraron sentados a horcajadas, cada uno en una silla, frente a la hembra.

Ella se movía delante de ellos, en una especie de baile provocativo.

—Hola —saludé, jovial.

Los hombres me observaron largamente, con cierto

detenimiento.

—¿Qué hay? —preguntó uno.

—Busco a Nando.

—¿Quién eres? —preguntó otro.

—Johnny Panizza.

—En nuestra vida hemos oído ese nombre —dijo un tercero, sin apartar ojo de la mujer, tal vez el más obsesionado con ella, removiéndose inquieto en la silla.

—Soy un mensajero del señor Montagnini, Enzo Montagnini —seguí mintiendo con aplomo—. He de hablar personalmente con Nando.

Nombrar al viejo paralítico me pareció una buena tarjeta de visita, dado que Nando tenía ambiciones de grandeza.

—Así que el señor Montagnini se interesa por Nando, ¿eh? —rezongó un cuarto.

—No me extraña —sonrió el que faltaba por abrir la boca—. Tal como están las cosas...

No comprendí exactamente el significado de aquellas palabras, pero lo dejé correr.

—¿Y Nando? —insistí.

—Aún no ha venido —me contestó el último que hablara.

—¿Pero vendrá?

—Debe estar al llegar. Hoy es el día de cuentas de las chicas, y todavía faltan por venir unas cuantas. Anda, siéntate a ver el espectáculo. Carol se ha ofrecido a hacemos un strip-tease gratis.

No quedaba más remedio. Acerqué una silla y ahora fuimos media docena los mirones.

La tal Carol me dedicó una pícara sonrisa y continuó con sus movimientos. Pronto comenzó a deshacerse de sus ropas, conforme las respiraciones de los hombres se agitaban. La verdad es que la chica lo hacía bastante mal, pero poseía un cuerpo joven y estallante en curvas.

Justo en el momento en que su braguita rosada salía por los aires, sonó la campanilla de la puerta y dos chicas tan provocativas y pintarrajeadas como la que daba el espectáculo entraron en el local. Más fulanas para ser ordeñadas por el chulo de Nando, pensé.

—¡Mira, Julie! —exclamó una de ellas, pelirroja para más señas—. Como siempre, llegó antes la zorra de Carol.

—¡Hola a todos! —saludó la tal Julie, recorriéndonos a todos con su mirada. Finalmente se detuvo en mí—. ¡Eh! ¿Quién eres tú?

—Johnny Panizza.

—No te conozco...

—Es un enviado del señor Montagnini —explicó uno de los amigos de Nando, al tiempo que la campanilla de la puerta avisaba nuevamente la entrada de alguien.

—¡Mentira! —estalló entonces una voz femenina, conocida, a mis espaldas—. ¡Es Johnny Ryan, detective privado!

No me volví porque sabía de quién se trataba: Deborah Stevens, y en aquellos momentos me preocupaban mucho más los cinco hombres que ya avanzaban amenazadoramente hacia mí.

CAPÍTULO XI

Eran demasiados para un hombre solo, así que eché mano de mi revólver.

Lo empuñé y justo en ese instante un taco de billar se abatió ferozmente sobre mi muñeca armada, obligándome a soltar el «38». Otro taco me golpeó un costado y varias zarpas cayeron sobre mí.

Julie y su amiga pelirroja palmearon, gozosas por el espectáculo que se veía venir. Carol se vestía rápidamente. Y Deborah Stevens aulló como una posesa:

—¡Dadle! ¡Dadle fuerte hasta romperle las costillas! Había jurado que se las pagaría y, de repente, la hora había llegado.

Lancé mi puño derecho contra aquella masa informe que tenía encima, escuché un chasquido estremecedor y un grito. Mis piernas se movieron con rapidez, casi al mismo tiempo y un tipo se arrugó delante de mí. Esta vez un taco venía en busca de mi cabeza, como si ésta fuera una pelota y aquél un bate de baseball. Pinté con el cuello y el taco pasó alto, golpeando en la frente a uno que iba a atacarme por la espalda.

No pude esquivar el otro taco. Me alcanzó en un hombro y me lanzó hacia una mesa de billar. Uno de los fulanos siguió mi trayectoria, cayó sobre mi como un puma y los dos rodamos por encima de la mesa, estropeando con nuestros zapatos el manto verde. Estaba encima de mí y de un rodillazo conseguí que se separara un poco. Luego, de un patadón en el pecho logré sacarlo fuera del rectángulo, yendo a dar con Sus huesos en el suelo.

Prácticamente tenía a tres fuera de combate: uno con las narices partidas, sangrando como un marrano, otro inconsciente a causa del tacazo que había recibido en la cabeza y el tercero lamiendo las baldosas del suelo.

Los otros dos ya rodeaban la mesa, uno por delante y otro por detrás, empuñando sendos tacos. Los movieron, buscando mis piernas. Salté, y lo hice cayendo sobre uno de ellos. Lo arrastré al suelo y por él dimos un par de vueltas. Fuimos a parar justamente al lado del que se restañaba la sangre de las fosas nasales. El tipo intentó patearme, las manos sosteniendo el pañuelo con el que se limpiaba, pero yo fui más ágil y conseguí atrapar su pie. Le voltee fieramente y esta vez sí que ya no le hizo falta el pañuelo para nada. Estrelló su faz contra el piso y se quedó muy quieto.

El que había rodado conmigo no daba en absoluto guerra por la sencilla razón que, al caer, su cráneo había impactado fuertemente contra el suelo. Pero eso no era ningún alivio porque el otro tipo con taco armado ya estaba encima de mí.

Sentado como estaba en el suelo, cogí el taco con ambas manos y tomé impulso hacia atrás. El fulano voló por encima de mi persona, aterrizando horrorosamente al estrellar los morros contra una gruesa pata de una mesa de billar.

Me puse en pie y sólo tuve que largarle una nueva patada al que lamía las baldosas del suelo para creermelo vencedor de la pelea —ninguno de los cinco hombres daba ya señales de vida—, cuando entonces un par de bolsazos se abatieron sobre mi cabeza.

Menos mal que la tengo algo dura. Quedé un poco mareado, pero no lo suficiente para no poder mover los brazos como aspas de molino. Julie y su amiga pelirroja cobraron una inusitada velocidad y salieron disparadas contra la pared de enfrente.

Bien. Ahora sí.

Pues tampoco.

Allí enfrente tenía a la dulce Deborah Stevens apuntándome con mi propio revólver. Ella había sido la más lista.

—Estate quieto, pichón.

—Nena —dije, mesándome los cabellos alborotados—, no juegues con armas de fuego.

—¡Quietos he dicho! —tronó al ver que yo avanzaba.

—Te harás pipí por la noche.

—Juré que me las pagarías, Johnny Ryan —masculló con los ojos chispeando odio— y no pensé que la ocasión pudiera presentarse tan pronto. Estos imbéciles no han sabido darte todo lo que te mereces.

—¿Tú sí?

—Nando Caprioli se encargará de ti.

—¿Qué tienes que ver con él?

—Me he alistado en su cuadra.

—Te hacía de camarera en el bar aquel...

—No lo he dejado. Al abandonarme Kent, he tenido que buscarme otra fuente de ingresos.

—Ajá.

—¡Y todo por tu culpa!

—Anda, dame la pistola y olvidemos las rencillas. Ve con las otras.

—No conseguirás distraerme.

—Está bien —cabeceé—. Esperaremos a Caprioli.

Pero sabía que no me convenía. En cuanto los inconscientes comenzaran a recuperarse, yo era hombre perdido.

Julie y su amiga la pelirroja se habían acercado a Deborah Stevens. La primera dijo, mirándome con rabia reconcentrada:

—Creo que podíamos divertirnos con él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Deborah Stevens, sin perderme de vista.

Yo agucé el oído.

—Normalmente, cuando se habla de violaciones siempre somos las mujeres las víctimas. Digo yo, ¿por qué no invertir los términos?

—¡Eso! —exclamó la pelirroja—. ¡Y Carol nos ayudará, que ésa sabe más que una zorra! ¿Verdad, Carol?

La aludida me echó una mirada que me puso la piel de gallina.

—Sí —respondió, levantándose y caminando hacia una de las mesas de billar. Encendió la lámpara que colgaba del techo y todo el rectángulo verde quedó perfectamente iluminado—. ¡Que se tumbe aquí! —agregó.

—¡Hala, ya lo has oído! —barbotó Juñe, tomando un taco y blandiéndolo muy significativamente—. ¡Nos vamos a divertir cosa buena!

—Luego los muchachos nos lo agradecerán —agregó la pelirroja sin nombre.

Había ido a parar a uno de los lugares más abyectos del barrio amparado bajo el sencillo nombre de «billares», Cuatro mujeres, a cual más perversa, y un revólver, el mío, así lo iban a proclamar.

—¡Primero bájate los pantalones! —ordenó Deborah Stevens, quien había aceptado el juego ya, soltando a continuación una risita.

Me humedecí los labios con la lengua. No podía hacer nada mientras continuara tan atenta. Así pues, no quedaba más remedio que seguirles la corriente en espera de un momento adecuado.

Y éste llegó mucho antes de lo imaginado y de una forma sorprendente.

Cuando iba a desabrocharme el cinturón, nos llegó desde la calle una traca de disparos. Escuchamos también gritos y sirenas policiales. De pronto, la puerta del local se abrió y entró un hombre tambaleante, con el pecho tinto en sangre y una pistola en la diestra.

—¡Nando! —exclamaron a una las mujeres.

* * *

El hombre se desmadejó sin pronunciar palabra y ellas se olvidaron de mí por unos instantes.

Ése fue mi momento.

Me lancé en plongeón sobre Deborah Stevens y me la llevé por delante sin que efectuara ningún disparo. Le retorcí la muñeca sin piedad y enseguida soltó mi revólver. Luego, dos guantazos bien dados la dejaron más quieta que un muerto.

Un muerto...

¡Como Nando Caprioli estuviera muerto...!

Llegué hasta él invadido por una creciente ansiedad. Me arrodillé y le levanté un poco la cabeza. Sus ojos aún tenían un destello de vida.

—Me... me han dado... esos po... polizontes. —Balbuceó, apretando los labios.

—Caprioli, hay algo de gran interés para mí —le dije rápidamente.

—¿Quién... quién eres...?

No le iba a decir que era un detective privado; enseguida lo asociaría con la policía y con lo que ésta le había hecho...

—Soy un amigo de Giorgio Bonelli. Me dijeron que tú estabas involucrado en el asunto. ¿Quién lo mató?

—Fue... fue mi novia...

—¿Tu novia? Querrás decir tu ex novia...

—No, Mónica, no... Ésa debe ha... haber sido la... la que me... ha vendido... ¡puerca!

—¿Qué novia, entonces?

—Mi novia secreta... La tenía en... en el bote... loca por mis huesos... No, no es que... la quisiera... Era un... un gran negocio si... si me casaba con... con ella...

—¿Quién?

—Gina, la nieta del viejo Montagnini...

Lo dijo todo de un sopetón y ese esfuerzo le costó la vida.

CAPÍTULO XII

Un segundo después apareció la policía, encabezada por el capitán Heston. Todos parecían más excitados que la perversa Carol. Aunque se calmaron un tanto al ver el cuerpo abatido, sin vida, de Nando Caprioli.

Yo tenía prisa por terminar aquel condenado asunto italiano, ahora que sabía algo muy importante, pero no podía echar a correr. Había que guardar las apariencias.

—Me salvó de una buena, capitán —estreché por primera vez con cierto agradecimiento la mano de un «poli».

—¿Qué pasó?

—Las chicas querían divertirse un ratito conmigo. Son prostitutas al servicio de Nando.

—Lo imagino. ¿Y ellos?

—La emprendieron conmigo en cuanto supieron quién era. Lo que usted dijo, capitán: los investigadores no les caemos simpáticos.

Los hombres del capitán ya se hacían cargo de todos, ellas y ellos. Las mujeres no hacían más que soltar tacos, a cual más obsceno, y los hombres se bamboleaban, aún no del todo recuperados. Eso sí, hubo esposas suficientes para aquellas dieciocho muñecas.

—¿Y usted cómo apareció tan oportuno? —le pregunté al capitán.

—La novia de Nando cantó. Ya le dije que era un fruto maduro. Estaba al caer.

—Ajajá.

—La chica nos dio pelos y señales de innumerables extorsiones realizadas por Caprioli y su panda. Mis hombres me avisaron al momento. Como ya teníamos lo que queríamos, sólo quedaba

detenerle.

—Y vinieron acá.

—Lógico. Era su antro de reunión. Pero dio la casualidad que nos lo tropezamos cuando iba a entrar aquí. Le dimos el alto, no nos hizo caso, sacó su pistola, disparó, supongo que imaginando lo que le esperaba, nosotros respondimos y...

Todavía continué hablando un rato más con el capitán Heston y estuve muy atento, sobre todo cuando se unió a nosotros su segundo, un teniente llamado Fairbanks, que era quien había llevado los interrogatorios de la novia de Nando, para observar si el nombre de Bonelli aparecía por algún lado. No fue así. Tampoco el de Amos Crawford. Eso me hizo respirar con cierto alivio.

—Supongo que no pudo hablar con Nando... —me comentó el capitán cuando ya me despedía.

—Desgraciadamente, no. Hasta otra, capitán Heston.

Y me largué de allí para dejarme caer en la residencia de Montagnini.

Al viejo mafioso lo encontré en el mismo salón biblioteca, sentado en el mismo sillón de ruedas y leyendo la misma revista.

—Señor Ryan —cerró The New Yorker—, ¿cómo usted de nuevo por aquí?

—Ya tengo el caso resuelto.

—¿Sí? —Sus ojos brillaron y su parálisis le impidió dar un bote—. Encontró a Amos Crawford, ¿eh?

—En efecto.

—Ha tenido más suerte que mis muchachos.

—No crea.

—¿Ha confesado? ¿Dónde está?

—No ha confesado. Y no se preocupe por su paradero porque ya no le puede hacer nada.

—¿Qué quiere decir?

—Lo encontré muerto.

—¡Muerto!

—Si. Le balearon junto con una empleada de una foto-sex

—¿Quién?

—Un tal Gianni Scola, amigo de la muchacha, que se llamaba

Wanda Robinson. ¿Le suena algún nombre?

—No. Y no entiendo nada.

—El tal Gianni Scola trabajaba para Nando Caprioli. ¿Le suena esté nombre?

—Sí. Es un mal sujeto. Un pandillero del barrio. Se dedica a la extorsión y el proxenetismo.

—Y algo más.

—¿Qué?

—Era el novio de su nieta.

—¿Qué dice? —se exaltó—. ¡Me está ofendiendo! ¡Un tipo así...!

—Un tipo así unido a su nieta.

—¡No puede ser!

—Lo era. Por lo que he podido saber, Nando Caprioli tenía ambiciones, quería subir alto, y nada mejor que casarse con la nieta del viejo Montagnini, un hombre con importantes contactos y propietario de una cadena de restaurantes. Su nieta es la única heredera y por tanto un excelente bocado para cualquier mortal ambicioso.

—Entonces... entonces fue Nando Caprioli quien mató a Giorgio Bonelli —dedujo—. Lo mató para quitar de en medio a un competidor, ¿no es eso?

—No.

—¿Cómo?

—Nando Caprioli ha confesado antes de morir. A Giorgio Bonelli le asesinó su nieta. Y he venido aquí para terminar de aclarar los puntos oscuros de la historia. Una historia que, mucho me temo, tiene como eje motor la pasión.

—¡Mi nieta! ¡Usted va demasiado lejos, señor Ryan!

¡No le puedo consentir que me ofenda en mi propia casa!

—No le estoy ofendiendo. Simplemente le estoy contando lo que usted tanto deseaba saber. Quién es el asesino de Giorgio Bonelli, para ejecutarlo y así poder comunicárselo por carta a su viejo amigo Carlo. ¿No era eso?

—No... no puede... ser...

—¡Quiero ver a su nieta! —solicité, tajante.

—Estoy aquí —sonó entonces una voz a mis espaldas—. Yo soy Gina.

Me volví y quedé encarado a la joven prostituta que había

conocido con el nombre de Susan.

CAPÍTULO XIII

Seguía teniendo la voz dulce y suave, sin ningún acento italiano.

No era extraño: ella había nacido y vivido en este país, y eso le había valido para engañarme bien. Ahora entendía mejor algunas cosas.

—He escuchado parte de la conversación —dijo—. Nando ha muerto, ¿es así?

Asentí.

Entonces pude observar cómo sus ojos se humedecían. Su abuelo también se percató de ello y, colérico, gritó:

—¡Gina!

—Le quería, abuelo, le quería... —susurró—. Todo lo hice por salvar nuestra unión... Incluso tuve que entregarme a hombres por los que nada sentía...

Ahora me miraba fijamente y yo sentí un escozor por todo el cuerpo.

Enzo Montagnini agachó la cabeza, hundido, vencido, envejecido cien años más.

La miré.

—¿Cómo fue, Gina? —pregunté.

—Estuve en el apartamento de Giorgio y discutimos. Simplemente eso, discutimos.

—¿Por qué?

—Le dije que no quería engañarlo ni lastimarlo. Le confesé que no podía quererle porque ya amaba a otro hombre. Le juré que nunca me casaría con él.

—¿Y...?

—Se rió. Me dijo que no había venido del otro lado del Atlántico para marcharse con las manos vacías, que le importaba poco que

amara a otro hombre, que nuestros abuelos estaban de acuerdo y eso era lo que valía. Incluso llegó a decirme cínicamente que a él también le gustaban otras mujeres, pero que me aguantaría. Adiviné que sólo buscaba una buena dote, —me encorajiné, perdí los nervios y... y le di con lo primero que cogieron mis manos.

—Con el busto de bronce de Abraham Lincoln.

—Sí. Me asusté horriblemente y... y telefoneé a Nando. Le expliqué lo ocurrido y le pedí ayuda.

—Y él no tuvo inconveniente en dártela. Tú le acababas de adelantar un trabajo que posiblemente él ya tenía pensado realizar. ¡El buscaba lo mismo que Giorgio...!

—¡No! ¡Nando me quería!

—Si escuchaste que había muerto, también debiste escuchar lo que él pensaba respecto a ti...

—¡Mentira todo! ¡Era muy cariñoso conmigo! ¡Me amaba!

—Está bien, muchacha. Lo que tú quieras. Sigue con la historia. ¿Qué pasó a continuación?

—Nando envió a uno de sus hombres de confianza para que me ayudara a no dejar ninguna huella y me sacara de allí.

—Gianni Scola.

—Sí. Y el muy imbécil tuvo el descuido de perder su carterita de fósforos. Vino para ayudarme y no hizo más que complicar la cosa. ¡Imbécil! ¡Me alegré de su muerte!

—Ahora yo puedo ya imaginar el resto. Esa misma noche debió ser cuando Amos Crawford decidió visitar a Giorgio Bonelli. Yo le había facilitado la dirección de éste, que era amante ocasional de su mujer. No podemos ya saber con qué intención fue allí, pero sí que debió veros huir y descubrió la carterita de fósforos, ¿es así?

—En efecto. Ese tal Crawford se presentó ante la amiguita de Gianni, dándole la descripción de éste y preguntándole quién era. Quería chantajearlo.

—Vaya con el tal Crawford, ¿eh? Pero no es de extrañar. Debió pensar que ya que su mujer se iba a separar de él, bueno sería buscarse nueva fuente de ingresos Y entonces Gianni le liquidó, uniendo en el lote a su amiguita.

—Sí. Ésta se había mostrado muy curiosa por el caso, logró sonsacarle algunas cosas a Crawford.

—Y lo mejor era cerrarle la boca a los dos. Luego...

Miré hacia donde se encontraba Enzo Montagnini.

No lo vi. Debía haberse retirado silenciosamente, espantado por lo que acababa de descubrir. En fin, podía seguir.

—Luego di con Gianni y tú te encontrabas con él.

—Me amenazó, el muy guarro. Me pidió como pago a su favor que me acostara con él.

—¿Y...?

—Mientras peleabais yo telefoneé a Nando. Le expliqué lo que ocurría. Prometió enviar a dos hombres. Si Gianni y yo no nos encontrábamos abajo esperándolos, es que tú habías resultado vencedor. Entonces esperarían.

—Le llamaste desde el teléfono del dormitorio.

—Sí.

—Y luego me entretuviste con tu cuerpo.

—Sí.

—Y en la calle me diste el beso de Judas.

—Sí.

—Pero fallaron. Todos se llevaron lo suyo y tú ahora te vendrás conmigo al Police Department. Tengo allí un teniente, de la Brigada de Homicidios que se va a dar con la cabeza en la pared en cuanto le contemos la historia.

—Todo me es igual —se encogió ella de hombros, completamente resignada con su suerte.

De pronto, restalló el disparo.

—¡Abuelo! —gritó Gina, y echó a correr.

Yo fui tras la joven. Entramos en un despacho contiguo. El olor a pólvora ofendió mis fosas nasales y mis ojos me hicieron ver enseguida que ya era demasiado tarde. De todas formas, mientras el amargo llanto de su nieta le servía como réquiem pensé que se había equivocado: ahora era cuando estaba definitivamente solo.

Italianos...

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.

Notas

[1] Ver las anteriores historias de Johnny Ryan tituladas: Muy rubia, muy sexy. < <